

PIRATAS ESPACIALES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

PA-00

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



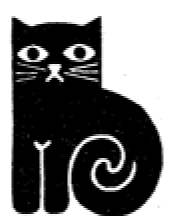
PIRATAS ESPACIALES

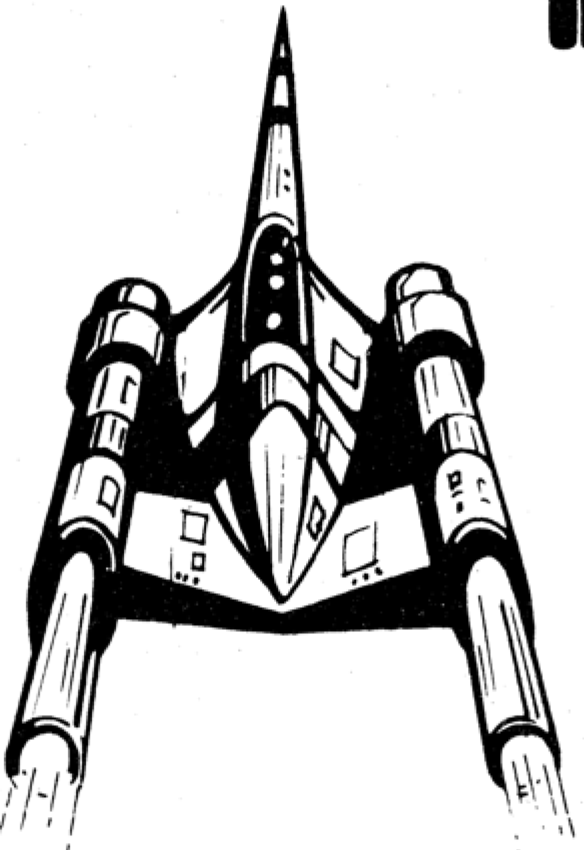
Ralph Barby

CIENCIA FICCION

PA-00

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

560 — *El peligro latente de Mhurg,* A. Thorkent

561 — *Prodigio en Kronkay,* Kelltom Mclntire

562 — *Colisión de tiempos,* Clark Carrados

563 — *Un agujero en el espacio,* A. Thorkent

564 — *Vacaciones en la tierra,* Lou Carrigan

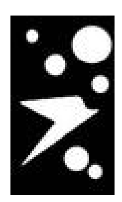
RALPH BARBY

PIRATAS ESPACIALES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 565

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 13.387 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

—Ya verás cómo salimos de este pedazo de chatarra —mascullóJames Crow.

El robot era del tipo grande. Su volumen, considerable, impresionaba y cualquiera al verle podía imaginar que iba bien provisto de armas ofensivas, por lo que era mejor no meterse con él.

James Crow caminaba a grandes zancadas. Era un hombre alto, fornido, algo grueso y que se vanagloriaba de la fuerza de sus músculos.

Reía con facilidad, mas no era bueno fiarse de aquella risa, pues podía dar puñetazos sin dejar de reír.

Había gente, muchos aventureros, mineros, milicianos y otros cosmonautas en el planeta Border, un planeta donde la ley era muy reducida.

Los milicianos cosmonautas de asalto sólo actuaban cuando se hallaban en peligro las instalaciones de la Confederación Terrícola.

El robo y el crimen menudeaban en el planeta Border, especialmente en las áreas de ocio, pero si alguien buscaba problemas en el astropuerto o en las oficinas de la comandancia general, podía darse por detenido y conducido a un planeta de trabajos forzados.

—Veremos si hay suerte en el Meteoros Club…

Había escogido uno de los mejores locales de la metrópoli del planeta Border donde todos eran forasteros y, al mismo tiempo, nadie lo era porque allí no tenían raíces.

Entraron en el Meteoros Club. Un vigilante de puerta le advirtió:

—Deja a tu androide en el área de estacionamiento para ellos.

—Ya lo has oído, imbécil, vete al área de estacionamiento y espérame allí. Ya lo sabes; si alguien te toca, lo dejas frito.

—Orden recibida, orden recibida.

—¿Satisfecho? —preguntó James Crow al vigilante.

—Así está mejor, son las órdenes.

—Claro que sí, hombre, claro que sí, hay que obedecer las órdenes...

Al decir aquello, le hundió su puño en el hígado en un gancho corto. El vigilante se puso lívido y se dobló.

—Qué poco aguantas, más ejercicio, más ejercicio.

Entró, dejando al vigilante de puerta tambaleándose.

Había ambiente, juego sobre todo y en la pista circular, unas proyecciones holográficas de danzarinas eróticas que nadie podría tocar, ya que sólo eran proyecciones, aunque fueran en color natural, en tres dimensiones y proyectadas en el espacio y no sobre una pantalla.

—Hola, cerdos. ¿Cómo os va la vida?

James Crow saludaban a unos y a otros golpeándoles las espaldas. Unos tosían, otros reían y otros le lanzaban mira das torvas. James Crow no caía simpático a todos. Sus risotadas solían ser a costa del daño que causaba a los demás.

Dio un fuerte silbido de admiración al detenerse frente a una mesa.

Allí estaba Aleix Potent y junto a él, una hermosa mujer de largos cabellos dorados y ojos glaucos, de labios algo grandes y carnosos. Era obvio que el silbido de admiración iba por la chica.

—Hola, Crow, hace tiempo que no nos veíamos —le dijo Aleix.

—¡Compañero de las galaxias! —voceó, grandilocuente—. Cada vez que te veo estás mejor acompañado, claro que esta vez ya no podrás superar lo presente... Es la chica más bonita que pueda pisar este maldito planeta fronterizo.

—Gracias —dijo ella, pero demostrando inteligencia, no se dejó llevar por el halago fácil.

—Me dejas que la bese, ¿verdad? Sólo un beso de amistad.

—Quieto, Crow.

—¿Cómo, no dejas a un amigo saciar su sed dé belleza con un simple beso, sólo uno?

—Fara Cloissa no es una furcia; es ingeniero electrónico de cosmonaves.

James Crow volvió a silbar, admirativo.

—No seas payaso, Crow.

—Si no fueras mi mejor amigo, te pondría un poco de color en la boca, con mi puño, claro. —Y se echó a reír.

Fara Cloissa miró significativamente a Aleix Potent. Aquello podía ser el inicio de una pelea, una de tantas peleas que se sucedían en los clubs y áreas de ocio o en las calles del planeta Border,

—Crow, estás como siempre, con ganas de buscar camorra.

—No, no lo creas. —Se sentó ante la mesa—. Te convido a una cerveza o a lo que quieras,

—Gracias, pero la ingeniero y yo ya estamos servidos.

—Compañero, porque somos compañeros de la galaxia, he visto con estos ojos que tengo cosas grandes, cosas maravillosas, he visitado mundos desconocidos.

—Magnifico.

Bajó la voz y en tono confidencial añadió:

—Tengo algo importante, muy importante.

—¿Para quién?

—Para todos.

—¿Y qué es?

—Oh, lo siento, tengo problemas económicos. Me hace falta pasta, mucha pasta.

—¿Para qué?

—Problemas, ya sabes. Todos los que no encontramos una mina mineroenergética, de metales nobles o piedras preciosas, tenemos problemas, pero yo he encontrado algo importante, algo que está en venta.

—¿Y qué es?

—Secreto, secreto.

—Si es secreto, ¿cómo vas a vender?

—Bueno, ya seguiremos hablando —dijo Fara Cloissa, levantándose.

—Espera, espera, tenemos que hablar…

—Hay tiempo. Aleix, hay tiempo.

—Bueno, Fara, no te molestes conmigo —le dijo Crow en tono de perdonavidas—, pero sí es importante lo que tengo que hablar con Aleix, el mejor compañero de la galaxia.

—Ya nos comunicaremos —dijo ella, alejándose.

De camino hacia la salida, unas manos se alargaron hacia Fara Cloissa, pero ésta reaccionó con prontitud; un marciano mutado fue abofeteado y quedó estrellado contra una mesa.

Crow volvió a silbar.

—Es buena luchadora.

—Sí, sabe defenderse. Y ahora, ¿qué es eso tan importante que tenías que decirme?

Crow no apartó sus ojos de Fara Cloissa hasta que ésta desapareció por la puerta.

—Muchacho, eres un tipo de suerte. —Suspiró—. En fin, hablemos de negocios.

—¿De negocios sucios o de negocios limpios?

—¿Sucios yo, James Crow, negocios sucios? ¡A ver quién es el imbécil que me trae una cerveza por cinco soles!

—¿Acabas de llegar?

—Sí, tengo mi cosmonave en el astropuerto. Ha sido un viaje feliz, pero necesito dinero, mucho dinero y pronto.

—¿Para qué?

—Compré la cosmonave a plazos y se me acabó el crédito, compañero. O pago o me incautan la cosmonave, tú verás. Es mi modo de vida y, ¿qué haría James Crow sin cosmonave? Estaría perdido.

—Si no puedes pagar tu cosmonave, es tu problema; siempre puedes alistarte en las milicias cosmonáuticas.

—¿En las milicias, yo? No, no, no soporto la disciplina. SI me hicieran capitán de entrada, bueno, y no es que carezca de méritos para serlo. Ah, aquí está mi cerveza. Toma, tres soles, es mucho más

de lo que vale.

—Gracias, Crow —dijo el mozo que le conocía.

Aleix Potent le dejó beber y se dispuso a aguardar. En torno a ellos estaba lleno de hombres que buscaban fortuna y pocos que la encontraban.

Se hacían transacciones y se jugaba al póquer o a la ruleta hasta la piel que llevaban puesta.

—Te vendo algo que luego podrás decir que has encontrado tú.

—No, eso no. Yo puedo comprar, pero si tú eres el descubridor, no voy a decir que he sido yo.

—Mejor, mejor así, la gloria siempre será mía.

—Veamos, ¿qué es lo que vendes? —preguntó, frunciendo el entrecejo. James Crow no era muy de fiar y Aleix Potent lo sabía.

—Te lo vendo por doscientos mil soles.

—¿Doscientos mil? Eso es una fortuna.

—Es lo que me falta por pagar.

—Si me interesa, sea lo que sea, no pagaré más de cuarenta mil.

—¿Cuarenta mil? Pero, ¿tú sabes lo que te vendo?

—No, aunque parezca idiota.

Se bebió toda la cerveza y le dijo:

—Vamos.

Sacó a Aleix del club e hizo que les siguiera el robot.

—¿Adonde piensas ir?

—Conozco un lugar tranquilo aquí cerca.

Crow condujo a Aleix Potent hasta un viejo almacén de chatarra espacial donde los aventureros acudían para comprar piezas de repuesto para sus vehículos.

—¡Cerdo, párate de una vez!

—Orden recibida, orden recibida.

El robot se detuvo. Crow pulsó un resorte y abrió la espalda del robot. De su interior sacó una jaula de una altura de unos sesenta centímetros.

—Míralo bien, Aleix, eres el primero que lo ve, después de mí, claro, yo fui quien lo descubrió.

—Oye, ¿esto no es un androide de juguete?

—¿Un androide? —Se echó a reír—. No. no, éste es un ser del planeta que yo conozco. Hasta ahora hemos sido siempre humanos, de razas distintas, más o menos mutados por vivir en distintos planetas de la galaxia, pero pese a que se ha comentado mucho, no habíamos logrado capturar a ningún ser diferente a nosotros perteneciente a otra civilización.

—¿Y cómo lo has capturado? Según la Carta Espacial, no podemos capturar a ningún ser inteligente.

—Bueno, este tipejo pequeño gruñe mucho, pero yo no le entiendo. Lo vi, lo capturé y me lo traje.

Aleix Potent observó al extraño ser que se parecía a un terrícola. Básicamente era dos piernas, dos brazos, un tronco y una cabeza, pero había unas diferencias ostensibles.

—¿Te has fijado, Aleix? Sus genitales son casi un tercio del volumen de todo su cuerpo. Parece que ha nacido para procrear.

—Sí, es curioso. Salvo esta diferencia de proporciones, es parecido a nosotros.

—Pero, no tiene más de dos palmos de altura, es un enanito. ¿Qué te parece? Extraordinario, ¿verdad?

—¿No es un mutado?

—¿Un mutado? Vamos, vamos... Mira, si no lo quieres, yo hago una-subasta. Necesito dinero, aunque sólo sea para pagar los plazos atrasados. El que se lleve a este enano extraterrestre al planeta Tierra, metido en una jaula, se va a hacer de oro.

—¿Y por qué no lo llevas tú?

—Porque si no pago, no puedo poner mi cosmonave en el espacio.

—¿Y qué quieres que haga yo con este ser?

—Te lo quedas o lo vendes.

—¿Como si fuera un esclavo?

—¿Qué más da? A mí me parece que es tonto.

—No importa que sea un poco tonto, según tú. Es un ser con inteligencia y tendrás que decirme de qué planeta procede.

—Bueno, cuando cobre los cuarenta mil soles te lo diré.

—¿Por qué no ahora?

—Porque puedes largarte con él y comunicárselo a las autoridades sin pagarme después. Lo que tú hagas con este personajillo y los viajes que puedan resultar después hacia ese planeta, es tu problema. Quizá te conviertan en embajador espacial de la Confederación Terrícola.

—Comprarlo y venderlo es una canallada, lo mismo que meterlo en una jaula. No parece un animal irracional.

—Es que no lo es. Puedes someterlo a algunos tests de inteligencia y te los resolverá. ¿Qué, te interesa?

Aleix Potent pensó en la subasta y en las posibles canalladas que podían cometerse con aquel desgraciado ser, extraño a la civilización terrícola.

La forma de evitarle la esclavitud e incluso que fuera a dar con sus huesos a una mesa de experimentación y disecciones de algún científico enloquecido y ansioso de éxitos personales, era quedárselo y cuidar de él.

—Está bien, pero quiero saber de dónde procede.

—De acuerdo, primero pasemos por el procesador bancario.

—Bien, pero como estés tramando algo sucio, palabra que te hago tragar la jaula.

—¿Con el enanito dentro? —se echó a reír.

Poco después, en la oficina de procesos bancarios, Aleix Potent pasaba de su tarjeta de crédito personal a la de James Crow, completamente en números rojos, la cantidad de cuarenta mil soles.

—Y ahora, el planeta.

—Se llama Enei. —Le entregó un micro-cassette de videotape holográfico con coordenadas espaciales incorporadas—. Esto te dará la situación exacta del planeta en el cosmos.

Aleix tomó la cassette y la sostuvo en su mano mientras con la otra sostenía la jaula cubierta con un trapo para que el extraño enanito de desproporcionados y abundantísimos genitales no se pudiera ver por las calles de la metrópoli del planeta Border, donde la vida de un aventurero valía menos que una cerveza en el Meteoros Club.

CAPITULO II

Caius, el gobernador del planeta Border, era un hombre acuciado por multitud de problemas.

ALLÍ no sólo llegaban los aventureros del planeta Tierra, sino de todas las colonias, los independizados y, por supuesto, los mutados.

Estos últimos eran los que procedían de planetas lejanos donde los terrícolas se habían aposentado y aclimatado a sus rendiciones físicas ambientales, diferencias de gravedad, de presión atmosférica, de alimentación, lo que había hecho que los descendientes de los terrícolas pioneros fueran ya muy distintos físicamente de sus antecesores.

El ambiente los había mutado más de lo que cabía esperar. Había mutados de distintas estaturas y volúmenes; unos pesaban alrededor de los doscientos kilos frente a otros que apenas llegaban a los cuarenta.

El color de la piel cambiaba ostensiblemente y también la forma de los ojos, la boca e incluso los pies. Los había con los pies muy grandes y planos que vivían en el planeta de los Pantanos; otros, de pies agudos y muy pequeños, vivían en planetas rocosos o de hielos eternos.

La mutación cromosómica debida al ambiente, generación tras generación, les cambiaba más y más hasta convertirlos en especies de humanos muy diferenciadas; sin embargo, todos tenían una madre común que era el planeta Tierra.

No se había encontrado jamás a seres inteligentes en los planetas descubiertos; animales sí se habían hallado, pero se trataba de animales no evolucionados hasta conseguir un grado de inteligencia.

Durante siglos, milenios incluso, se habían investigado los fenómenos OVNI sin conseguir nada en concreto.

—Adelante, Aleix.

Aleix Potent entró en el despacho del gobernador con el gran paquete en la mano.

Sabía que el gobernador le apreciaba, había sido gran amigo de su padre. Ambos habían luchado en las guerras espaciales de Marte y

Neptuno antes de que dichas colonias se independizaran y se constituyeran en confederaciones independientes.

—He venido porque tengo algo importante, de lo contrario no le habría molestado. Sé lo ocupado que está en este infernal planeta.

—Sí, muy ocupado, pero es lo normal. No creo que ni en un milenio se consiga imponer la ley y el orden en este infernal planeta como tú lo llamas.

—Si aquí hubiera representantes de las demás confederaciones independientes, quizá se podría poner un poco más de ley.

—Sí, pero no envían a sus representantes y nosotros tenemos que imponer el orden, por lo menos en los lugares clave. Por cierto, nos iría muy bien un comandante como tú en las milicias espaciales. Estamos faltos de cosmonautas con iniciativa y experiencia.

—Gracias, prefiero ir por libre.

—Sí, ya lo sé, pero tu padre fue un gran hombre de las milicias cosmonáuticas de la Confederación.

—Si en alguna ocasión está en peligro nuestra Confederación, me alistaré voluntario, pero en la paz prefiero permanecer libre

—Algún día te convenceré.

—No lo intente, Caius, perderá su tiempo, no me gusta el uniforme.

—Está bien, veamos qué es eso tan importante que te ha impulsado a visitar al amigo de tu padre.

—He comprado algo importante.

—¿Sí?

—Fíjese, gobernador.

Puso el paquete sobre la mesa. Le quitó el paño que lo cubría y dejó al descubierto la jaula con el extraño ser dentro, pequeño y delgado salvo en sus genitales desmesuradamente grandes, ojos furiosos y redondos, boca pequeña y piel pardo amarillenta.

—Vaya, de modo que has comprado a este alienígena…

—Sí —asintió, mirando a Caius un poco intrigado.

—¿Y cuánto has pagado?

—Cuarenta mil soles

—Una bonita cifra, pero has tenido más suerte que yo.

—No le entiendo.

El gobernador abrió una portezuela y sacó otra jaula idónea a la que tenía Aleix. Dentro, encerrado, había otro enanito alienígena.

—Yo he pagado cien mil.

—¿Crow?

—Sí, Crow. Ya tenemos dos alienígenas; si tuviéramos una hembra, podríamos dedicarnos a la cría de alienígenas.

—Esto es una monstruosidad. Estamos tratando a seres inteligentes como si fueran animalitos de jaula.

—Es cierto. Yo estaba dudando entre entregarlos o no a los científicos para que los estudien.

—Sería una monstruosidad, los científicos lo descuartizarían.

—¿No te complacen los científicos?

—Aman tanto a la ciencia que se olvidan de amar a su prójimo.

Aleix Potent frunció el ceño, obviamente estaba molesto.

Caius, con más experiencia por tener la edad que hubiera tenido su padre de haber vivido, le observó:

—Tranquilo, Crow es un canalla. Lo que hace falta es comprobar si este ser es efectivamente un alienígena o un aborto de laboratorio.

—¿Un aborto de laboratorio, dice?

—Sí. Hay científicos desaprensivos que se dedican a experimentar clandestinamente con los cromosomas. Son una especie de doctores Frankenstein del siglo treinta y fabrican a sus propios mutados. Llegan a hacer vivir verdaderas monstruosidades y a fe mía que este enanito lo es, especialmente por la desproporción de sus genitales.

—¿Y cómo se puede comprobar que no es un aborto de laboratorio?

—Haciéndole análisis completos y exhaustivos.

—¿Sin poner en peligro su vida ni dañarles?

—Sí, un chequeo a fondo, sin perjudicarle. ¿Qué te parece?

—Bien, pero no es completo.

—¿Y qué crees que puede ser completo?

—Investigar en el planeta Enei.

—Una buena idea, pero enviar una expedición oficial a ese lejano planeta podría resultar comprometido, máxime después de que han sido secuestrados estos seres por uno de nuestros aventureros. Nos pueden tomar como enemigos.

—Puedo ir yo con mi cosmonave y mi tripulación; no sería un viaje oficial.

—Hum, no estaría mal.

—No estaría mal si el gobierno de la Confederación subvenciona mis gastos y lo que he pagado por este ser.

—Si, claro, corres un riesgo. Si la misión tiene éxito, se sigue un contacto y nos perdonan el error cometido por Crow con estos seres, podríamos establecer una amistad. Creo que puedo destinar una partida de soles que tengo para unas prospecciones mineras. Quizá no cubra todo lo que te va a hacer falta, pero si tu embajada sale bien, es posible que el gobierno sufrague todos tus gastos con amplitud y no dejará ser un negocio para ti.

—En este momento, no me anima la idea del negocio, pero es el primer alienígena que tenemos en nuestras manos si Crow no ha mentido, hay que comprobarlo y eso es muy importante, claro que después de meterlos en jaulas no se van a mostrar muy amistosos con nosotros.

—Y si los sacamos de la jaula, ¿qué crees que pueden hacer?

—No lo sé, podemos probar con uno.

Abrió la jaula y el pequeño alienígena se mostró desconcertado.

Salió gruñendo palabras totalmente incomprensibles para los terrícolas. Luego, se dirigió a la otra jaula y unió las manos con el hermano aún cautivo.

Caius opinó:

—No parecen belicosos.

—En absoluto, pero me asalta una duda.

—¿Cuál?

—¿Cuántos de estos seres capturó Crow?

—El me dijo que el que me vendía era el único que tenía, pero obviamente mintió.

—Sí, mintió. A mí me dijo lo mismo y si hay que devolver estos seres a su planeta hemos de saber cuántos fueron secuestrados.

—Puedo darte una placa identificativa como agente especial del gobierno confederal para evitar la guerra interestelar

—¿Agente especial?

—Sí, podrás obligar a Crow a entregarte a todos los seres que tenga cautivos en su cosmonave. Los pasas a la tuya y los devuelves a su planeta tratando de establecer unas relaciones amistosas, después de que comprobemos por el chequeo médico que no pertenecen a nuestra civilización o están mutados.

—¿Y si Crow no quiere obedecer?

—Estarás libre para actuar como mejor creas conveniente.

—¿Por qué no actúa usted con sus guardias de asalto?

—Aún no está probado que sean realmente alienígenas, y no puede exponer a la guardia de asalto a un ridículo. En cambio, de forma digamos secreta, tú puedes actuar y no saldrá ninguna noticia en los medios de información hasta que lo hayas averiguado todo y esclarecido este caso.

—Ya sabe que actuaré a mi manera.

—Carta blanca.

—De acuerdo, hay que exigir a Crow la entrega de todos los alienígenas que tenga.

—Incluyendo los que haya vendido aparte de estos dos.

—Correcto.

—Crow es un tipo ambicioso que nunca ha tenido demasiada suerte. Ha tomado este asunto de los pequeños alienígenas como un negocio fructífero y no querrá soltarlo.

—Según la carta espacial a la que él debe someterse, no puede capturar y esclavizar a ningún ser inteligente de civilización planetaria por muy distinta que sea a la nuestra.

—Exacto, pero procura que este asunto no se divulgue hasta que los hayas devuelto a su planeta. Y si regresas con ellos, que sean un grupo, formando embajada de amistad.

—Eso va a ser difícil de conseguir.

—Sí, Aleix, muy difícil, máxime si Crow ha derramado ya sangre de estos seres. Desconocemos sus leyes, su inteligencia, su instinto y su poder de venganza.

—Y si ha derramado sangre, ¿qué hago con Crow?

—Puedes arrestarlo y será juzgado en consecuencia. Un jurado determinará si fue en defensa propia o si Crow es un sanguinario y lo cierto, es que prejuzgando, lo que no es correcto, pero en este caso lo hago, me inclino a suponer que Crow, pese a sus estentóreas risotadas, es un tipo sanguinario. La Confederación Terrícola no puede ponerse en guerra con un planeta desconocido por causa de un indeseable aventurero. Será juzgado como merezca.

—¿Y si decide pedir asilo político a una de las confederaciones independientes?

—Debes evitar que lo consiga.

—De momento, bajo cualquier pretexto, dé órdenes para evitar que su cosmonave no pueda abandonar el astropuerto.

—Esa orden ya está dada y justamente por causa de un impago que tiene en su cuenta de crédito.

—Busque otro motivo para evitar que despegue. Si sigue vendiendo alienígenas, pronto podrá comprarse otra cosmonave.

CAPITULO III

Aleix Potent había reunido a sus compañeros cosmonautas que formaban parte de la tripulación de su cosmonave en la sala de control y dirección de la misma.

Marcus, Erik y Joel le miraban interrogantes. Estaban seguros de que Aleix, propietario y comandante de la cosmonave Fura-23, tenia que decirles algo importante.

—Tomad estas placas identificativas.

Repartió una para cada uno, eran pequeñas y podían adaptarse a cualquier bolsillo, eran indestructibles y muy identificables.

Joel, tras observarla, silbó de admiración.

—¡Miembros especiales del secretariado de asuntos diplomáticos espaciales de la Confederación Terrícola!

—Eso es. Con libertad para actuar como agentes de la Confederación, con plenos deberes y derechos, sólo para la misión que me ha encomendado. Existen riesgos, no os lo voy a ocultar. El que quiera renunciar puede hacerlo, no me voy a molestar por ello. Cuando termine esta misión, puede regresar a la Fura-23, será como una excedencia.

—¿Nos tomas por unos cobardes? —preguntó Marcus—, Porque supongo que esto va a implicar riesgos y aventuras.

—Así es y no so temo por cobardes. Sé que sois tan liberales y anárquicos como yo, por ello no os gusta pertenecer a ningún estamento donde se den o reciban órdenes continuamente. Somos hombres que amamos la libertad total, máxime en el espacio; sin embargo, hay ocasiones en que se debe actuar para evitar males mayores.

—Yo estoy de acuerdo en llevar la plaquita —dijo Marcus—, Por unos días me sentiré un comisario espacial.

—Secreto, no lo olvidéis.

—De acuerdo —aceptó Joel.

—Yo también —dijo Erick.

—Entonces, no se hable más. Sólo mostraremos las placas en casos graves y ante las fuerzas de asalto si nos obstaculiza en nuestra misión; por supuesto, iremos armados.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Marcus.

—Encontrar a James Crow.

—Ah. J. Crow… Lo he visto por los clubs de la metrópolis —dijo Joel.

—Sí, yo también lo he visto —asintió Aleix, irónico—. Su cosmonave está clausurada y dentro de ella no hay nadie. James Crow debe de andar por la metrópoli.

Marcus inquirió:

—¿Sabe que es buscado?

—No, no lo sabe, pero creo que ya lo estará suponiendo. Esta tratando de sacar mucho dinero con la esclavitud de la galaxia.

—¿La esclavitud de la galaxia? —repitió Erick.

Los tres se miraron y Aleix les explicó lo sucedido con los extraños seres de Enei.

—Eso está estrictamente prohibido por la Carta Espacial —puntualizó Joel.

—Exactamente. Tenemos que ver a cuántos alienígenas enanos ha capturado y cuántos ha vendido. Cuando los tengamos todos, emprenderemos viaje hacia el planeta Enei para regresarlos a su civilización. Pediremos excusas diplomáticas representando a la Confederación Terrícola.

—¿Tendrá a sus pequeños esclavos en algún almacén de este planeta? —preguntó Marcus.

—Es lo más probable.

—¿Crees que se ha ocultado? —inquirió Erick.

—Es posible. Hay que encontrarlo y retenerle. Ha de entregarnos todos los alienígenas que haya secuestrado.

—¿Y si ofrece resistencia? —preguntó Marcus.

—Emplead las armas, pero colocad la potencia mínima, sólo para

dejarle inconsciente.

—Nunca me ha caído bien ese Crow —opinó Marcus.

—Tened cuidado, es muy astuto y confía mucho en su fuerza física. Cuando ríe es cuando resulta más peligroso por que desconcierta a sus víctimas. Erick y Joel, vosotros iréis juntos. Tú, Marcus, vendrás conmigo Nos telecomunicaremos constantemente para saber qué es lo que hemos descubierto y especialmente si encontramos alienígenas metidos en jaulitas. Hay que respetarlos al máximo, pero que no escapen, se sentirían perdidos. Ellos no conocen nuestra civilización y quién sabe lo que podría ocurrirles.

—¿No ha habido forma de entenderse con ellos? —preguntó Joel.

—No, por ahora. Están probando con una computadora de traducción de idiomas, pero me temo que el suyo es tan distinto que no se conseguirá nada positivo. Ahora, manos a la obra, es urgente encontrarse con Crow. Dondequiera que preguntéis por él, decid que tenéis un encargo muy sabroso para él, no deis más explicaciones.

En dos vehículos A.H.C. abandonaron la cosmonave y el astropuerto.

Sabían que James Crow no estaba en su cosmonave, pues ésta se hallaba precintada por orden de la justicia.

Se dirigieron al centro de la metrópoli. Se habían distribuido todos los puntos donde podía encornarse James Crow y ahora tenían que visitarlos uno por uno.

Siempre formando parejas, entraron en los más importantes clubs y áreas de ocio, especiales para los que tenían mucho dinero que gastar.

—¿James Crow? —repitió el jefe de servicios de una magnífica área de ocio adonde acudían toda clase de mutados y terrícolas que tenían soles para pagar sus más costosos vicios.

—Sí, James Crow.

—Pues sí, estuvo aquí con su robot. Es un buen cliente.

—¿Va gastando?

A la pregunta de Aleix, el jefe respondió:

—Sí, estaba muy obsequioso. Se nota cuando a uno le van bien las cosas y a James Crow debían irle bien por la forma en que gasta.

—¿Y dónde está?

—No lo sé.

—¿Cuándo se marchó de aquí?

—Hará unas quince horas.

—Eso es mucho tiempo —le objetó Marcus.

El jefe de servicios puntualizó:

—Dijo que tenía algunos negocios que hacer.

—Bien, seguiremos buscando. Nosotros también tenemos un negocio con él.

Por su parte, Erick y Joel también seguían investigando y dieron con un lugar de venta de vehículos usados.

—Sí, James Crow compró un atom-hovercraft del tipo «caracol».

—¿Modelo «caracol»? —repitió Joel.

—Sí, ya saben, es para utilizarlo como casa ambulante. Lo compran mucho los gambusinos que se internan por el planeta en busca de metales preciosos, los que no tienen cosmonaves para viajar hacia otros planetas.

—¿Dijo adonde iba?

—No, pero...

—¿Qué?—Pidió un videomapa de la submetrópoli cuatro, ya saben, eso no está lejos, a dos mil kilómetros.

—Vamos, Erick, ya sabemos por dónde debe andar.

Ya en el exterior, por el telecomunicador avisaron a Aleix y Marcus.

Aleix les respondió:

—Id a la submetrópoli Cuatro, no es muy grande. Nos mantendremos en contacto; nosotros, por si acaso, seguiremos investigando por aquí, no vaya a ser que todavía no haya partido.

La búsqueda se hacía incansable.

Erick y Joel, a bordo de su veloz vehículo A.H.C., re corrieron la distancia de los dos mil kilómetros que les separaban de la

submetrópoli.

Aquella colonia, mucho más pequeña, era un centro especializado en fabricaciones electrónicas. Podía decirse que la submetrópoli Cuatro era un área donde los que la ocupaban vivían cómodamente, sin problemas económicos.

—El mejor modo de encontrarle es buscando las áreas de estacionamiento. Conocemos su vehículo «caracol» y la matriculación —le observó Joel a Erick.

—Yo conozco bien este lugar —dijo Erick—, He trabajado aquí durante un tiempo como ingeniero electrónico hasta que escogí el empleo que me ofreció Aleix en su cosmonave.

— Bien, daremos una vuelta por todas las áreas de estacionamiento.

Estuvieron mirando varias áreas de estacionamiento próximas a las factorías. De pronto, en un estacionamiento de vehículos «caracol» para los que iban y venían por las submetrópolis, lo descubrieron.

—Ese es —señaló Joel.

—Voy a avisar a Aleix.

—Sí; mientras, averiguaré si está dentro.

—De acuerdo.

Mientras Erick salía a investigar, Joel puso en marcha el telecomunicador.

—Aleix, ¿me oyes?

—Sí, sí, te oigo.

—Lo hemos encontrado.

—¿Seguro?

—Por lo menos, su vehículo. Erick ha ido a ver.

—Que vaya con cuidado.

—Sí, lleva su arma.

—Capturadlo, nosotros estaremos ahí en media hora.

—Os esperamos.

Mientras, Erick había dado la vuelta al vehículo A-H.C, modelo «caracol», un vehículo amplio donde podía hacerse vida sin problemas, desde las temperaturas más gélidas a los desiertos.

Trató de abrir la puerta, pero ésta se abrió sola y Erick se encontró frente al temible robot que poseía James Crow.

—¿Qué busca, qué busca? —repitió monótono el androide con su voz de bocina, algo aguda y malsonante.

—Venía a visitar a James Crow.

—¿Cuál es su mensaje, cuál es su mensaje?

—Tengo que verle de inmediato, es urgente.

—Nombre y lugar de hospedaje, nombre y lugar de hospedaje…

—¡Maldito robot! —bramó nervioso.

—Negativo, negativo.

—Estos robots que se creen tan listos… Anda, hazte a un lado. ¡Crow, Crow! —vociferó—. ¿Estás ahí?

—Negativo, negativo.

—Eh, ¿quién eres tú? —preguntó de pronto el mismísimo Crow, saliendo por entre otros vehículos como si volviera de alguna parte.

—Soy Erick y vengo de parte de Aleix Potent.

—Conque Aleix Potent, ¿eh? ¿Y qué es lo que quiere?

—Que vengas con nosotros.

—¿Adonde?

—En nombre de la Confederación, quedas arrestado.

—¿Arrestado yo? —Se echó a reír. Su humanidad grande, fornida, de elevada estatura, se balanceó—. ¿Y por qué, qué delito he cometido?

—Debes someterte a un interrogatorio.

—Ni hablar. Soy libre y, además, estamos en el planeta Border. Aquí no hay ley, muchacho —le dijo, acercándose con naturalidad.

Mas, al llegar a su altura, le dio un fortísimo puñetazo que Erick no

esperaba y éste midió el suelo con su cuerpo.

Erick sacó su pistola. De inmediato, el robot entró en acción. Uno de los cuatro ojos que tenía era ni más ni menos que un disparador láser que se puso en acción y antes de que nadie pudiera evitarlo, Erick se inflamó para quedar ennegrecido inmediatamente y luego reducido a cenizas.

—¡Crow, asesino! —gritó Joel desde el vehículo.

—Cárgatelo —ordenó al robot.

—Positivo, positivo.

Joel comprendió que su vida estaba en peligro y desvió el vehiculo para escapar a la muerte, una muerte que acababa de llevarse a Erick.

—¡Aleix, Aleix!

—¿Qué sucede, Joel?

—¡El robot de Crow ha asesinado a Erick!

—¿Cómo?

—Está belicoso. ¿Qué hago?

—Vigílalo a distancia, pronto estaremos ahí.

Mas ya James Crow se ponía en marcha, abandonando aquel lugar, y para hacerlo mejor, hizo que su robot disparara contra varios vehículos, provocando incendios que crearían un inicio de caos.

Las sirenas de alarma se pusieron en marcha mientras el fuego humeaba en varios puntos y James Crow aprovechó la confusión para huir.

Cuando Aleix y Marcus arribaron a la submetrópoli, James Crow había desaparecido y tenía motivos más que sobra dos para no dejarse atrapar después de que Erick hubiera muerto.

Siempre le cabía la posibilidad de alegar que había sido un error de su robot, pero las leyes eran claras al respecto; cada propietario era responsable de lo que pudiera hacer su robot, pues debía estar capacitado para detenerlo antes de que pudiera provocar una tragedia y James Crow no lo había detenido, es más, el robot había disparado también contra el vehículo que conducía Joel sin conseguir alcanzarlo, puesto que éste se habla filtrado entre otros vehículos estacionados y de mayor volumen.

—Crow pagará caro lo que ha hecho —prometió Aleix Potent.

CAPITULO IV

El gobernador Caius se comunicaba con Aleix Potent por el televideofono. Ambos se veían mutuamente en sus respectivas pantallas mientras hablaban, el uno desde su despacho y el otro desde su cosmonave.

—James Crow parece haber desaparecido del planeta Border.

El gobernador Caius puntualizó:

—Su cosmonave sigue precintada.

—Puede haber escapado en otra cosmonave. Siempre hay quien acepta dinero fácil, no importa de dónde venga.

—Tenemos un control de todas las cosmonaves que han partido del astródromo desde la desaparición de James Crow.

—Supongo que todas habrán tenido sus justificantes de partida.

—Así es, pero de entre ellas hay seis aventureras, sin rumbo fijo, a la búsqueda de tesoros en el espacio.

—Sí, los aventureros tenemos libertad total al respecto, de modo que cualquiera de esas seis cosmonaves puede llevar en sus tripas a James Crow y a su robot asesino.

—Así es, y hasta es posible que algún alienígena enjaulado.

—Ahora no sabremos a cuántos secuestró.

—De todos modos, puedes partir para el planeta Enei y allí averiguarás los enanitos que faltan. Pide excusas, devuelves a los dos que tenemos y prometes castigar al culpable e intentar recuperar a los que puedan faltar.

—¿Y si me reciben furiosos?

—Arréglatelas como puedas. Ya está comprobado que no son seres de nuestra civilización, no son mutados. Te vas a convertir en el primer embajador en Enei.

Aleix se daba cuenta de que la embajada que se le encomendaba no era fácil; ignoraba cuál era el verdadero carácter de aquellos seres y

las armas de que podían disponer.

—¿Y si nos atacan?

—Regresa, pero no les hagas la guerra.

—De acuerdo, pero si en mi ausencia aparece James Crow, arréstelo.

—Por supuesto que lo arrestaremos. Un jurado lo condenará a trabajos forzados en algún planeta de castigo.

No tenía más que hablar con el gobernador Caius que, en el fondo no quería comprometer su prestigio en aquella misión. Por ello, prefería que todo se hiciera en secreto y por unos agentes interinos.

Marcus le objetó:

—No podemos marchar sin un ingeniero electrónico.

—Yo encontraré uno, pero cuidad bien a nuestros amigos —respondió Aleix.

Joel, con una habilidad manual increíble, les había preparado unas pequeñas tumbonas que los alienígenas en principio observaron con recelo, pero luego acabaron tendiéndose en ellas tras conversar entre sí.

—No son malos chicos —opinó Joel—, No parecen tener ganas de escapar.

Los dos alienígenos se hallaban sobre una larga encimera y fuera de las jaulas.

—Lo que no me acaba de gustar es prepararles la comida. Creo que si los mimamos demasiado acabarán haciéndose insoportable.

—Se adaptan bien —opinó Joel, añadiendo irónico—: A la comida.

—Sí, no son belicosos en absoluto. La verdad, no entiendo por qué Crow los metió en jaulas.

—Quizá para causar más impresión —opinó Joel—. Encerrados en jaulas parecerían más raros, hasta más peligrosos, pero por lo que veo no tienen ningún interés en escapar se, solo quieren descansar y comer.

—Y algo más —rezongó Marcus—. Porque con los genitales que tienen…

—Pues aquí no tenemos hembras para que este par de hombrecitos, con los que no nos entendemos en absoluto, se sientan en el paraíso.

—Bueno, yo me voy —dijo Aleix Potent—, Id preparando la cosmonave para la marcha. Despegaremos inmediatamente cuando haya regresado. Meted la cassette-mapa con las coordenadas de Enei en la computadora central para que no haya problemas en el rumbo.

Aleix Potent subió a bordo de su aerodinámico atom-hovercraft y abandonó el astropuerto dirigiéndose al área de bungalows vigilados.

Aquél era un lugar seguro para residir, la zona estaba vigilada por la guardia de asalto de la Confederación Terrícola, ya que en aquellos bungalows vivían muchos de los empleados de la Confederación que se hallaban destinados a las instalaciones del planeta Border.

En uno de los pequeños bungalows, no lejos del lago, verdaderamente un pequeño mar de agua dulce limpio y sin contaminar, mimado por todos, estaba el bungalow donde residía Fara Cloissa.

—Fara, soy Aleix.

Ella ya le estaba viendo por la pequeña pantalla. Pulsó el resorte y las puertas se abrieron automática y silenciosamente.

—Fara, ¿estás sola?

—Sí.

—Tengo prisa, he de proponerte algo.

—¿Importante?

—Sí.

—Te escucho.

—Coge tu bolsa de viaje y tu traje espacial, y vámonos.

—¿Cómo?

—Sí, te vienes a mi cosmonave.

—Despacito, despacito.

Fara se sentó cómodamente en una butaca. En la pantalla mural estaban pasando un documental sobre la Amazonia del planeta Tierra; lo voz en *off* estaba baja de volumen y no les molestaba para hablar.

—No perderé el tiempo. Necesito un ingeniero electrónico de vuelo y tú eres el mejor que conozco,

—Acaso no tienes a Erick o es que ha encontrado un empleo mejor?

—Erick ha sido asesinado.

Fara palideció.

—No es posible.

—Si, lo es, desgraciadamente.

—¿Un asalto?

—Un enfrentamiento con James Crow y su robot.

—Crow es un tipo peligroso, no me gusta nada. ¿Lo han apresado ya?

—Aún no, parece que ha escapado en alguna cosmonave con aventureros. Crow había obtenido dinero y puede pagar a alguien para que le transporte adonde sea, aunque es posible que si considera que el propietario de la cosmonave le resulta molesto, lo elimine y se quedará él la cosmonave. Crow está ya fuera de la ley y lo sabe.

—Lo siento, Erick era un excelente compañero y sabía mucho de electrónica espacial.

—Sí, y ahora me hace falta un ingeniero electrónico.

—Ya tengo empleo, Aleix.

—Pide el cese, es decir, dalo y vámonos ahora mismo.

—No se puede obrar de esta forma, el empleo que tengo me agrada.

—Te pagaré más.

—No es sólo el dinero, Aleix, es que estoy bien.

—¿No quieres venir en mi cosmonave?

—Eres tan tajante que en ocasiones me das miedo.

—No es un capricho lo que te pido, tengo que salir urgentemente.

—¿Vas a perseguir a Crow?

—Entre otras cosas.

—¿Cuáles, si puede saberse?

—Hemos de viajar a un planeta recién descubierto, un planeta en el que parece haber estado Crow. Voy en misión diplomática. Si te incorporas a mi tripulación, oficialmente serás parte de la embajada diplomática y tendrás que utilizar una placa identificativa como agente especial. Se trata de llevar a cabo una misión muy delicada.

—Me lo estás poniendo muy emocionante. ¿Tratas de engatusarme?

—Te puedo decir algo más, Fara: serás la primera mujer en ver alienígenas en su planeta de origen.

—Asombroso.

—No es ninguna broma, Fara, es la verdad. No se da la noticia a los medios de información hasta que se hayan comprobado todos los hechos. Crow se ha portado como un cerdo con los seres del planeta Enei.

—Es una aventura apasionante la que me propones.

—No lo dudes, partiremos de inmediato. Puedes pedir la dimisión de tu empleo por grabación de video, ya se enterarán.

—Nunca había sospechado que me convertiría en parte de la tripulación de una cosmonave aventurera.

—En este caso somos embajada diplomática, aunque lo más seguro es que tengamos problemas.

—¿Iréis armados?

—Sí.

—Antes de aceptar, una cosa.

—Tú dirás.

—¿Por qué me has elegido ami como ingeniero electrónico espacial y no a otro? Los hay de muy buenos aquí mismo, en el planeta Border.

Aleix se acercó a ella y le puso las manos en la cintura. Fara no retrocedió, le sostuvo la mirada como queriendo leer en los ojos masculinos.

Aleix aproximó sus labios a los de la mujer y la besó. Fara aceptó la caricia, pero no terminó de entregarse.

—Me gustas.

—Tú también a mí, Aleix, pero no es suficiente.

—¿No?

—No, tú sólo te acercas a mí por deseo.

— El deseo es parte del amor.

—Es cierto, pero no lo es todo en el amor, sólo es una parte.

—¿Y tú quieres más?

—Si.

Aleix abrió la camisa de Fara, descubrió su cuerpo y ella dejó que la admirase, incluso que besara las cúspides de sus senos con una delicadeza que le agradó.

—Por favor, no sigas.

—¿No has dicho que también me deseas?

—Si, pero no estoy segura de amarte, y no quiero entregarme sólo por deseo. Respétame ahora, por favor.

—Está bien, está bien, ahora sujeto mi deseo, mis impulsos, porque eres rabiosamente bella.

—¿Sólo? —preguntó Fara burlona, dominando un poco la situación al comprobar que había podido detener al hombre. Ella tenía sus dudas sobre su probable resistencia.

—¿Aceptas el empleo?

—Sí.

El mismo le cerró la camisa, cubriendo los hermosos y altivos pechos, blancos como la leche.

—Coge tus cosas y vámonos. Los motores de la cosmonave ya se están calentando.

CAPITULO V

El planeta Border comenzó a hacerse pequeño bajo los motores de la potente cosmonave Fura-25.

La tripulación comprobaba todos los medidores y sensores, mientras la computadora central no cesaba de proporcionar datos al tiempo que abría y cerraba contactos.

El rumbo estaba ya fijado en la memoria de la computadora central y si Crow no había mentido, no habría problemas en el viaje.

Cuando la cosmonave Fura-23 detuvo los motores, había conseguido el impulso suficiente para viajar a tres mach luz. Dejaron que la cosmonave funcionara prácticamente sola; el ordenador central se encargaría de las correcciones de rumbo. Pese a la gran distancia a recorrer entre distintos sistemas estelares, el viaje se prometía cómodo y sin complicaciones.

—Bueno, ya es hora de que vea a los alienígenas —dijo Fara.

Aleix le observó:

—Es que están desnudos.

—¿Desnudos?

—Sí, por lo menos así los trajo Crow.

—Bueno, no creo que vaya a asustarme.

—De acuerdo, vamos a verlos. ¡Marcus!

—¿Si?

—¿Cómo están?

—Siguen tranquilos, esos pasan de todo. Parece que hayan nacido para comer, dormir y…

—Pon el freno, Marcus.

Marcus se echó a reír. Fara Cloissa frunció el ceño y mientras caminaba junto a Aleix preguntó:

—¿Qué ha querido decir?

—Ya lo verás.

Condujo a la muchacha al camarote donde se hallaban recluidos los dos alienígenas que no parecían estar interesados en nada. No hacían ningún esfuerzo por comprender o ser comprendidos por los terrícolas. Allí estaban, tendidos en las tumbonas que les hiciera Joel, durmiendo plácidamente.

—Son muy pequeños —observó Fara.

—Sí, son muy pequeños y hablan como con gruñidos.

La mujer ya se había fijado en los genitales que aparecían al descubierto, ya que no usaban ropa alguna.

—Ahora comprendo.

—Sí, son desproporcionados comparándolos con el resto de su cuerpo.

—Creo que los terrícolas os sentiríais muy orgullosos si los tuvierais en la misma proporción.

—Ejem…

—¿Vas a decirme que no puedes quejarte? —preguntó ella, burlona.

—Eso ya lo discutiremos en otro momento y no hagamos chistes a costa de estos pequeños y desconocidos seres que Crow capturó y luego metió en jaulas para venderlos como esclavos.

—¿Y no se sabe cuántos ha llegado a vender antes de escapar del planeta Border?

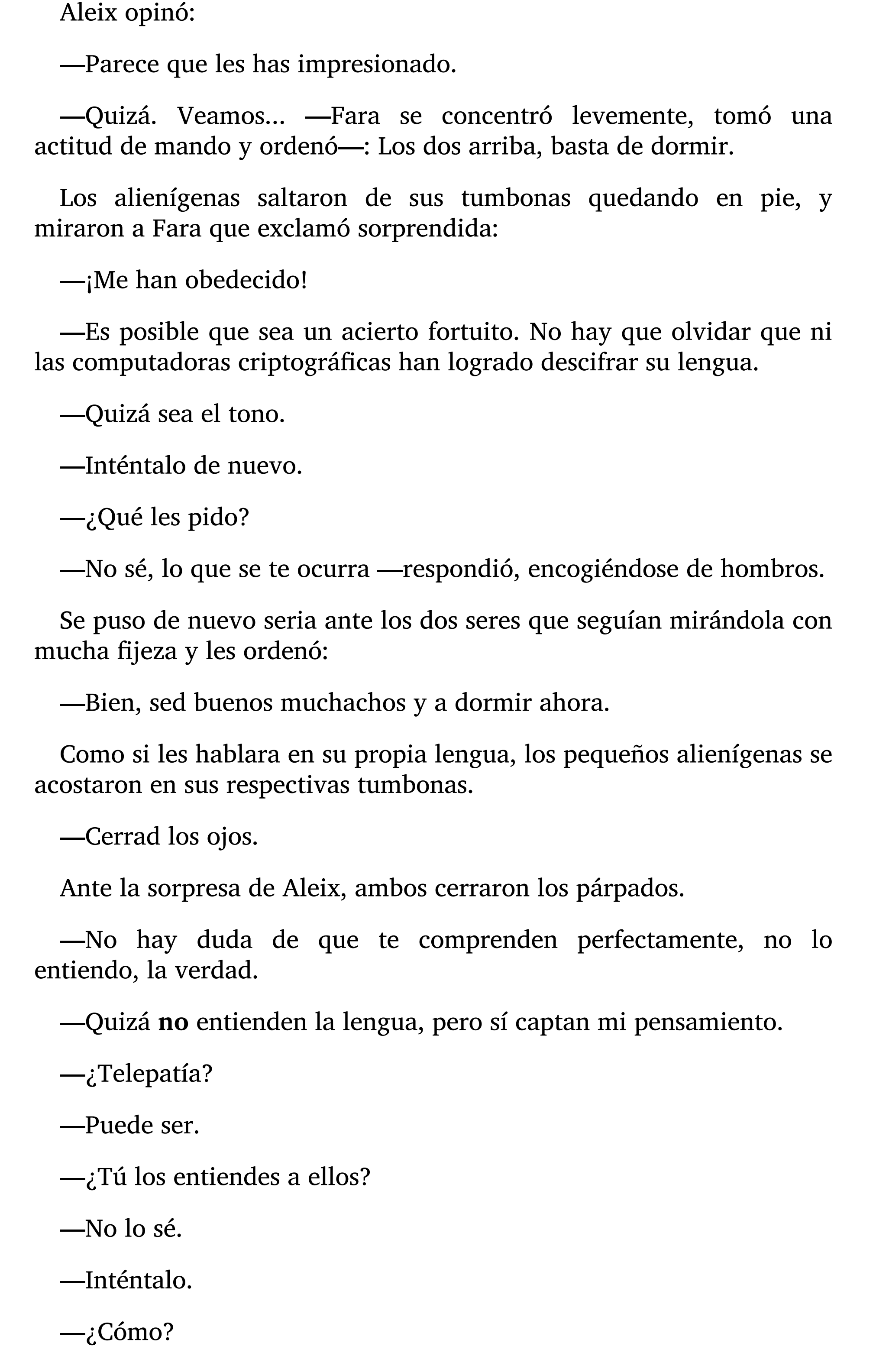
—No, no se sabe, tendrán que decírnoslo los propios alienígenas cuando lleguemos a su planeta.

—¿Y si continuamos sin poder comunicarnos con ellos?

—Buscaremos la forma, esperemos que en su planeta haya más suerte.

—¿Y no podría yo probar a entenderme con ellos? —inquirió Fara.

El sonido de la conversación de Fara y Aleix despertó a los dos alienígenas que, al ver a la joven y bella ingeniero electrónico espacial, quedaron como atónitos y luego comenzaron a parlotear entre ellos con inusitada viveza.


Aleix opinó:

—Parece que les has impresionado.

—Quizá. Veamos... —Fara se concentró levemente, tomó una actitud de mando y ordenó—: Los dos arriba, basta de dormir.

Los alienígenas saltaron de sus tumbonas quedando en pie, y miraron a Fara que exclamó sorprendida:

—¡Me han obedecido!

—Es posible que sea un acierto fortuito. No hay que olvidar que ni las computadoras criptográficas han logrado descifrar su lengua.

—Quizá sea el tono.

—Inténtalo de nuevo.

—¿Qué les pido?

—No sé, lo que se te ocurra —respondió, encogiéndose de hombros.

Se puso de nuevo seria ante los dos seres que seguían mirándola con mucha fijeza y les ordenó:

—Bien, sed buenos muchachos y a dormir ahora.

Como si les hablara en su propia lengua, los pequeños alienígenas se acostaron en sus respectivas tumbonas.

—Cerrad los ojos.

Ante la sorpresa de Aleix, ambos cerraron los párpados.

—No hay duda de que te comprenden perfectamente, no lo entiendo, la verdad.

—Quizá **no** entienden la lengua, pero sí captan mi pensamiento.

—¿Telepatía?

—Puede ser.

—¿Tú los entiendes a ellos?

—No lo sé.

—Inténtalo.

—¿Cómo?

— Pregúntales algo.

—¿El qué?

—No sé, cómo se llaman, por ejemplo.

—Bien. —Fara adoptó la actitud concentrada de las anteriores ocasiones y comenzó por ordenar—: Abrid los ojos.

Aleix Potent observó cómo los dos alienígenas obedecían de nuevo, abriendo los ojos.

—¿Cómo os llamáis?

Respondieron, pero de una forma que ni Fara ni Aleix entendieron nada.

—¿No has captado nada especial en tu mente?

—La verdad es que no.

—Vuelve a ordenarles, primero a uno y luego al otro.

—Tú me vas a decir tu nombre y muy despacio, para que lo pueda entender bien.

—Crek.

Aleix repitió despacio la respuesta que acababa de dar aquel extraño personaje.

—¿Crek?

Fara preguntó a su vez:

—¿Crek?

—Crek, Crek, Crek —repitió el alienígena, despacio.

—Muy bien, Crek. Y ahora tú. ¿cómo te llamas? —inquirió Fara, señalando al otro.

—Noko —fue la respuesta clara, rotunda.

—¿Te llamas Noko?

—Ho. Noko.

—¿Ho quiere decir «si»?

—Fio. ho, ho.

—Bueno, parece que ya sabemos cómo se llaman y que en su lengua «ho» significa sí.

—Esto es más de lo que cabía esperar —exclamó Aleix, satisfecho--. Por lo menos podremos entendernos un poco con ellos. Eso ayudará al diálogo cuando lleguemos a su planeta. Si lo hubiera sabido el gobernador Caius se habría puesto contento, pero sigo sin comprender por qué pueden entenderse contigo y con los demás no y tampoco con las computadoras.

—No sé, mi cerebro tendrá alguna onda especial que conecta con las suyas.

—Podrías iniciar un trabajo para descifrar su lengua. Utiliza una grabadora con memoria y ordenador; además, a bordo tenemos una computadora criptográfica por si nos sirve para algo.

—Creo que con lo que me entienden y una computadora especial en lenguas conseguiremos mucho. Yo me encargo de ellos ahora que la cosmonave funciona bien, sin problemas, y de camino al planeta Enei me entretendré en descifrar su lengua tal como pides.

—Magnífico, un motivo más para celebrar que hayas venido con nosotros.

—El trabajo de traductora te lo cobraré aparte —advirtió Fara, irónica.

—No hay problemas, este viaje es por cuenta del gobierno de la Confederación, de modo que ya pasaremos la minuta al final, si es que podemos contarlo.

—Yo creo que no habrá ningún problema. Estos seres parecen muy pacíficos y hasta diría que obedientes.

—Mejor; lo que ignoro es si vivirán en una sociedad civilizada.

—Pregúntaselo. De este modo, iremos conociendo ya muchas cosas sobre ellos.

—¿Vivís en una ciudad?

—Law —respondieron ambos, al unísono.

—¿Law quiere decir «no»?

—Ho, ho.

Aleix se apresuró a decir:

—Ho quiere decir si, de modo que law querrá decir no.

—Lo que significa —añadió ella—, que no viven en una ciudad.

—Si dicen que no viven en una ciudad, es que saben lo que es una ciudad —puntualizó Aleix Potent.

—Es curioso la cantidad de deducciones que se pueden llegar a hacer partiendo de una sola palabra —opinó Fara. Concentrándose de nuevo, inquirió—: ¿Hay ciudades en vuestro país?

—Ho, ho —respondieron Crek y Noko.

—Magnífico, Fara. Cuantos más datos puedas sonsacarles, mucho mejor.

—Espero conseguir muchos datos.

—Sin embargo, no te confíes demasiado, no conocemos nada de ellos.

—¿Qué clase de sorpresa pueden darnos?

—Si lo supiera, ya no sería una sorpresa para nosotros, sonsácalos todo lo que puedas, pero no te fíes totalmente. Ignoramos de qué mundo proceden y cuáles son sus costumbres.

—¿Temes que sean caníbales?

—¿Y por qué no podrían serlo?

CAPITULO VI

Fue Joel quien centró en pantalla el planeta hacia el cual viajaban.

—Fijaos, es un poco morado —comentó.

—Acercamiento visual —exigió Aleix.

El planeta aumentó de tamaño en pantalla, pero no demasiado. Marcus puntualizó:

—Aún estamos muy lejos. Dentro de treinta minutos podremos verlo con más perfección con las cámaras de telescopía exterior.

—Debemos irnos preparando para la toma de contacto.

Marcus inquirió:

—¿Nos posaremos de inmediato en ese planeta?

—No, lo orbitaremos adecuadamente hasta averiguar cuál es su morfología geológica y la ubicación de las metrópolis más importantes.

—¿Tendrán cosmonaves?

—No lo sé. De todos modos, si las poseen, serán de corto radio de acción y baja velocidad espacial, pues de lo contrario ya habrían salido a recibirnos: no obstante, si se detecta la presencia de alguna cosmonave, hemos de actuar con rapidez. Pueden tomarnos como enemigos potenciales y debemos evitarlo.

—Ya vigilaremos —dijo Fara, entrando en aquel momento en la sala de pilotaje y control de la cosmonave Fura-23.

—¿Cómo van tus contactos con los enanitos? —le preguntó Aleix.

—Muy bien, son más dóciles que un gato capón.

—No comuniques aún a Crek y a Noko que estamos llegando a su planeta.

—Me temo, Aleix, que ellos no saben muy bien lo que es un planeta.

—¿Tan atrasados crees que viven?

—Es posible; sin embargo, no debes hacer mucho caso, no acabo de

entenderles completamente. Ellos me comprenden a mí, pero sus respuestas siguen siendo confusas para mí.

—No obstante, no les digas nada aún, podrían ponerse nerviosos. Es mejor que sepamos antes cómo van a ir las cosas.

De acuerdo.

—Quiero todos los datos de ese planeta, van a sernos necesarios. Sabremos si Crow ha utilizado el traje espacial o no para pasearse por el planeta y capturar a esos pequeños seres.

La aproximación al planeta Enei se efectuó rápidamente. Aleix puso en marcha los cohetes deceleradores y la Fura-23 fue disminuyendo velocidad.

La computadora de a bordo había calculado ya la distancia, controlando la disminución de ésta por cada segundo transcurrido y reguló automáticamente los cohetes de deceleración para no pasar de largo.

Cuando se acercaban al punto óptimo para entrar en una órbita adecuada desde la cual poder observar el planeta con las cámaras de telescopía exterior. Fara Cloissa dijo:

—Objeto espacial detectado.

—¿Dónde? —inquirió Aleix, temiendo un posible ataque defensivo de los habitantes del planeta Enei.

Veinte grados a punto positivo de nuestro rumbo.

—Ponlo en pantalla.

—Imposible.

—¿Por qué?

Ha escapado por la línea del horizonte del planeta; debía de orbitar a la mínima altura del planeta.

—Sigamos su ruta.

La Fura 23 entró en órbita de mil kilómetros, pues su velocidad aún resultaba excesiva.

—¿Lo captas?

—No, ha desaparecido,

—¿Puede haber hecho contacto con el planeta? —preguntó Aleix a Fara.

—Existe esa posibilidad si ha descendido prácticamente en picado, lo que no deja de ser un riesgo grande, ya que el tiempo transcurrido ha sido mínimo.

—Sigue atenta, daremos varias órbitas de observación.

La cosmonave terrícola comenzó a orbitar aquel planeta que, al parecer, sólo conocía James Crow.

Respecto a su ubicación, había dicho la verdad, pues lo hablan encontrado sin una décima de grado de variación.

—Tiene metrópolis de distintos tamaños —observó Marcus que se hallaba atento a las seis pantallas que recogían imágenes gracias a las potentes cámaras de telescopía exterior.

—¿Metrópolis con vida inteligente? —preguntó Aleix.

—Sin duda alguna —asintió Marcus.

—Mejor. Hubiera sido un poco decepcionante llegar a un planeta donde los seres inteligentes eran poco más que simples simios.

—Poseen primitivas vías de comunicación.

—Es posible que estén todavía en la civilización de la ruéda, superada por nosotros hace ocho siglos.

—Hay que averiguar cuál de las metrópolis es la más importante.

Marcus preguntó:

—¿Por sus dimensiones?

—Más que por sus dimensiones, por sus templos y palacios; eso determina más la capitalidad de una metrópoli.

—Tomaremos imagen de todas y luego, por comparación, escogeremos e! objetivo.

—Si. ¿Tendrán astropuertos?

—Yo diría que astropuertos no, pero aeropuertos sí hay.

Marcus llamó la atención de Aleix sobre una de las imágenes. El propio Aleix movió un dial que era el control remoto para aumentar la potencia de visión telescópica y en la pantalla pudieron ver varios

aviones en el aeropuerto.

—Parecen reactores subsónicos —observó Aleix.

—Si, quizá tengan reactores supersónicos también.

—No lo sé. Hasta que no los veamos volar no podremos controlar sus velocidades; lo que sí es cierto es que no están tan atrasados, aunque sí más atrasados que nosotros en cuanto a, tecnología se refiere,

A la observación de Marcus, Fara puntualizó:

—No olvidéis la cosmonave que he visto.

En aquel momento, Joel preguntó:

—¿Estás segura de que en vez de una cosmonave no ha sido un meteorito que caía en picado sobre el planeta, atraído por su gravedad?

—Es posible que sea un meteorito; no obstante, me inclino a creer que era una cosmonave, aunque el tiempo de observación ha sido mínimo.

—Bien, sigamos observando. Daremos al planeta las vueltas que sean necesarias hasta estar seguros del lugar donde más nos conviene tomar contacto.

Marcus observó:

—Ese tipo de civilización puede ser peligrosa.

—¿Por qué? —preguntó Fara.

—Si tienen carreteras y aviones, tendrán armas ofensivas, armas que proyectarán la muerte a distancia y las emplearán contra lo que ellos consideren un peligro. Si fueran más salvajes deberíamos tener miedo a las flechas, lanzas e incluso a las catapultas, pero si poseen aviones armados...

—Actuaremos con cautela —dijo Aleix.

—Lo más fácil sería descender, abrir la puerta para que salieran los dos enanitos y se reúnan con los suyos, y largarnos de regreso a los planetas de nuestra civilización.

—No, hemos de establecer contacto, somos una embajada diplomática.

Marcus se sonrió al decir:

—Es divertido, ahora seremos un OVNI para ellos.

Joel también se rió antes de añadir:

—Cuando vean que somos superiores en tecnología, nos tomarán por lo menos como semidioses o como ángeles.

—Compañeros —bromeó Fara a su vez—. Venimos del Olimpo para visitar a los mortales.

Siguiendo la broma. Joel le dijo:

—Y tú eres la diosa Venus.

—Hombre, gracias.

—Dejémonos de tonterías —pidió Aleix—. Todos atentos a los sensores, a esta distancia no nos pueden ver, seremos sólo una estrellita más.

No han entrado aún en la era de los satélites artificiales —dijo Fara que controlaba todos los vehículos que pudieran hallarse orbitando el planeta.

Pasaron las horas y se sucedieron las órbitas. El planeta Enei fue observado en toda su superficie. Al final, la computadora seleccionó la imagen de cuatro metrópolis y pasaron las cuatro por una pantalla para seleccionarlas.

—Llamémoslas A. B. C y D —propuso Aleix.

—La «A» parece llena de factorías.

Después de hablar Fara, lo hizo Marcus.

—La «C» es interior y tiene muchos templos y palacios o. por lo menos, lo parecen.

—La «D» es portuaria —indicó Joel.

Después de varias observaciones, optaron por seleccionar la ciudad «C», por ser, o al menos parecerlo, un centro cultural y quizá religioso.

—¿Dónde tomaremos contacto? —quiso saber Joel.

—Nos pondremos en órbita fija sobre nuestro objetivo y desde nuestra próxima situación observaremos el perímetro de la metrópoli escogida y buscaremos el lugar idóneo para la toma de contacto.

Fara preguntó:

—¿Descenderemos con toda la cosmonave?

—Si, pero trataremos de pasar desapercibidos hasta que sea el momento adecuado de dejarnos ver. No me gustaría verme envuelto en una batalla con los seres de este planeta, no hemos venido a atacarles, todo lo contrario.

Todo dependerá de cómo reaccionen ellos —observó Marcus.

—Creo que no habrá problemas —opinó Fara Cloissa—, Parecen muy pacíficos.

Joel, irónico, comentó:

—Quién sabe, a lo peor Crow secuestró a un par de subnormales profundos.

—Tomaremos todas las precauciones y evitaremos la confrontación bélica. Sólo dispararemos nuestras armas en defensa propia y en situación desesperada.

—Esa área rocosa que se halla como a cinco kilómetros del espeso boscaje puede ser un buen punto de aterrizaje.

Fara opinó:

—Tiene el aspecto de un cráter.

—Si, y metiéndonos dentro no seremos vistos con facilidad.

—Hay una parte del fondo con agua. No correremos el riesgo de que el suelo sea blando? —objetó Marcus.

—No, más bien creo qué es un fondo rocoso y el agua es de lluvias, acumuladas en ese lugar como un aljibe natural.

—¿Y no seremos descubiertos en el descenso? —preguntó Fara, añadiendo—: La luz de los motores se verá de lejos.

—Descenderemos de día, pero no en vertical. Es conveniente que nuestra cosmonave quede oculta hasta que sea oportuno. Si la ocasión se presenta propicia, nos elevaremos de nuevo y nos posaremos en el centro de la ciudad, una plaza pública, un lugar importante donde todos puedan vernos.

—¿Nos ponemos los trajes espaciales? —inquirió Joel.

—No. pero todos hemos de colocarnos en las butacas anatómicas, sujetos con los atalajes de seguridad. Hay que evitar problemas, pronto estaremos abajo y veremos más de cerca a esos seres.

Esperaron a que fuera de día para ver la ciudad más de cerca.

La potencia de los objetivos telescópicos exteriores era grande y no les fue difícil ver con perfección los vehículos que circulaban por las calles de la ciudad, los rótulos luminosos.

—Fijaos, los coches son similares a los usados en la Tierra en el siglo veinte —señaló Joel.

—Es lógico —respondió Aleix Potent—. Los vehículos, siempre que se muevan dentro de una atmósfera y deban contrarrestar la gravedad para deslizarse, deben tener forma aerodinámica. Es la evolución lógica de los vehículos para hallar la perfección, la máxima velocidad, la mínima resistencia, la mayor potencia y poco consumo energético.

—Parece como si hubiéramos regresado a la Tierra en el siglo veinte —comentó Joel.

Lo que no conseguían ver era a los seres de la metrópoli que circulaban dentro de sus vehículos o se hallaban encerrados en el interior de sus casas.

Todos esperaban ansiosos el amanecer; sería el gran momento, el momento de establecer contacto con un planeta desconocido que poseía una civilización también desconocida.

¿Quienes iban a recibirles? Todo era un misterio, un enigma. De lo que sí estaban seguros era de que James Crow, el primer terrícola llegado a aquel planeta, no lo había hecho en son de amistad, sino todo lo contrario; había capturado a seres para convertirlos en objetos de venta. Una nueva era de esclavitud semejaba haber comenzado.

CAPITULO VII

La estrella sol del planeta Enei había comenzado a brillar y también se divisaban las circunferencias de dos grandes planetas iluminados, dos planetas que pertenecían al mismo sistema estelar y que desde Enei se veían cuatro veces mayores que la superficie visible de la Luna, lo que daba una hermosa grandiosidad a aquellos astros.

Entraron en la atmósfera con suavidad.

Aleix no quiso dar gran velocidad a la cosmonave para que a distancia se viera el mínimo el chorro ígneo que brotaba por las toberas de los motores.

El momento siempre crucial de la entrada se efectuó sin problemas, pese a que la velocidad era importante y la inclinación casi vertical.

—Atención, atención...

Fue Fara quien dio la voz de alarma.

—¿Qué sucede? —preguntó Aleix.

—Se acercan cuatro aparatos volantes.

—¿Se acercan o van de paso?

—Se acercan en nuestra dirección, en formación de combate.

—Eso es que un centro miliciano nos ha descubierto.

—¿Qué hacemos? —interrogó Marcus, buscando con las cámaras de telescopía exterior el peligro en potencia que se les venía encima.

—Hay que evitar el combate, trataremos de buscarlos.

—Depende del tipo de armas que posean —advirtió Fara Cloissa—. Vienen a gran velocidad.

—Ya los tengo —comunicó Marcus, centrándolos en sus pantallas de observación exterior.

Aleix miró hacia las pantallas sin dejar de controlar la cosmonave Fura-23 que se había desviado ya de su objetivo para que éste no quedara en evidencia ante las naves que les acosaban.

—Son cuatro aviones a reacción y por la forma de vuelo no cabe

duda de que son milicianos del aire.

—Hay que alejarse —opinó Joel.

Marcus propuso:

—La mejor forma es volver fuera de la atmósfera, ellos no pueden llegar allí.

—No será necesario. Poseemos el poder de una velocidad muy superior a la de ellos y una maniobrabilidad que tampoco poseen.

Aleix quiso despistarlos acelerando. De pronto, detuvo la cosmonave en el aire, lo que obligó a las cuatro cosmonaves a reacción a pasar de largo, mientras efectuaban disparos de armas de fuego.

—Nos van a perforar la cosmonave —grujo Joel.

Aleix había cambiado ya la posición, de modo que las balas pasaron rápidas.

—Disparan misiles aire aire. Los llevan bajo las alas —advirtió Marcus que los observaba en su pantalla.

Los cuatro aviones a reacción dieron la vuelta en el aire para retornar a la carga contra el objetivo.

Aleix pulsó un botón y disparó microplaquetas hipermetálicas reflectantes y difusoras que formaron una nube entre los atacantes y ellos.

Los aviones a reacción acababan de disparar sus misiles aire-aire, pero la nube de microplaquetas hipermetálicas reflectantes los desviaron de su objetivo y se perdieron en distintas direcciones, mientras los radares de las naves enloquecían y los pilotos se perdían.

La cosmonave terrícola logró escapar sin haberles disparado con sus potentes armas, muy superiores a las que podían utilizar los aviones a reacción.

—Bravo, Aleix, nos han perdido —aplaudió Marcus.

Fara puntualizó:

—Enemigos fuera de peligro.

Aleix Potent descendió a la más baja altura posible sobre la superficie del planeta Enei y luego se desplazó en horizontal, describiendo un gran arco para que nadie que pudiera estar

observando viera en qué dirección iban.

Al final, consiguieron meterse entre el grupo rocoso.

—Ahora —dijo Aleix, e hizo descender la cosmonave en aquella especie de cráter natural.

—Lo mejor será meter la cosmonave bajo el agua —opinó Joel.

—Por ahora no será necesario —respondió Aleix, mientras la posaba con suavidad.

Las patas telescópicas brotaron por debajo de la cosmonave, colocada en vertical en aquella ocasión.

—Si somos atacados, abandonaremos este lugar a toda velocidad en ascensión vertical.

—Bueno, ya hemos llegado, ahora hay que moverse con cautela. Somos un OVNI para los seres de este planeta, la milicia de defensa puede estar alerta y seguir buscándonos.

Marcus razonó:

—Si tuvieran satélites artificiales con visores infrarrojos ya nos habrían descubierto.

—Creo que lo mejor ahora sería descansar —opinó Aleix Potent—. Esta noche saldremos de la cosmonave para internarnos por la ciudad.

—¿Llevaremos con nosotros a los dos seres que tenemos? —preguntó Fara.

—No, aún no. Si hay que hacer la entrega, será en forma oficial, pidiendo excusas. Es una situación que hay que aprovechar para que acepten nuestra buena voluntad

— Deberíamos habernos presentado a lo grande —opinó Joel.

—¿A lo grande? —preguntó Fara.

—Sí, descendiendo de forma espectacular, con mucho ruido y mucha luz en la plaza más importante de la metrópoli para que nos vieran. Es evidente que nuestra cosmonave es mil veces superior a sus aviones, su grandiosidad les impresionaría.

—Para demostrar grandiosidad siempre hay tiempo, es mejor observar primero —le dijo Aleix—, Es evidente que estos seres emplean las armas con facilidad, no comprendo cómo pudo llevarse

Crow a esos pequeños seres sin tener problemas.

—Debió capturarlos en algún lugar solitario — sugirió Fara—. Ya sabes que ellos no provienen de la ciudad.

—Sí, eso debe ser. Entonces, es posible que ignoren totalmente el secuestro de sus hermanos de civilización —opinó Aleix Potent.

—¿Y no sería mejor cogerlos y dejarlos abandonados cerca de la ciudad? —propuso Joel.

Marcus, acogiéndose a las palabras de su compañero, añadió:

—Si ellos contaban luego que han viajado con seres extraños en cosmonaves interestelares, no se lo creerían, los tomarían por locos y los encerrarían.

—Perderíamos una buena oportunidad de entablar relaciones diplomático-amistosas con esta civilización y ésa es nuestra principal misión al venir hasta aquí.

Joel, mientras cerraba conmutadores, rezongó:

—Mientras alguien no nos haya visto descender en este lugar y avise a sus militares…

—instalaremos inmediatamente unas cámaras ocultas autónomas arriba en las rocas para vigilar toda esta área. Si alguien se acerca, lo descubriremos mucho antes de que pueda llegar. Montaremos guardia frente a las pantallas de telescopía exterior.

—Yo me cuido de ello —dijo Marcus.

Por su parte, Joel se ofreció:

—Yo instalaré las cámaras autónomas con control remoto.

—Bien, hay que prepararse.

Se dispusieron a tomar todas las medidas necesarias para no ser sorprendidos: sin embargo, ignoraban que algo muy grave se estaba tramando ya, algo en lo que ellos iban a verse involucrados trágicamente.

CAPITULO VIII

La cosmonave terrícola Zeus-444 permanecía sumergida en las aguas marinas de uno de los catorce grandes mares que poseía el planeta Enei.

En el lugar donde se hallaba la cosmonave terrícola las aguas no eran muy profundas, mas el fondo resultaba oscuro por estar constituido por rocas negruzcas. Sin embargo, había una flora multicolor que destacaba cuando la estrella sol que daba vida a aquel ignoto sistema planetaria, inserto en la misma galaxia que el planeta Tierra, brillaba con más fuerza.

En aquel suelo submarino se criaban los más extraños seres, familias de cefalópodos, crustáceos, quelonios acuáticos y peces de las más extrañas formas, una fauna que se había alejado de la cosmonave terrícola porque en torno a ella el agua se había sobrecalentado, lo que significaba la muerte para muchos de los animales marinos.

No sólo calor, sino burbujeos producidos por los gases que escapan por las toberas.

—Este va a ser el golpe más grande de toda la galaxia —se rió James Crow con su vozarrón.

Crow se hallaba frente a Deinos y los ocho secuaces que acompañaban a éste; sin embargo, cerca de Crow, estaba su terrible robot.

—Hemos llegado sin ser descubiertos.

—Por poco. Detrás de nosotros arribaba la cosmonave de Aleix Potent, y ese hombre es peligroso.

Deinos era un mutado de Marte, un hombre más bien bajo, fornido, de ojos rojizos, manos pequeñas y que carecía de cabello.

Deinos estaba considerado como un pirata del espacio. Oficialmente era un aventurero más en la galaxia, se le suponían muchos crímenes, aunque no se le podían probar.

De los ocho secuaces que Deinos tenía y que le ayudaban a tripular su cosmonave, cinco habían estado ya condenados a trabajos forzados. Varios de ellos eran mutados y había que tener mucha sangre fría para viajar con aquellos individuos por el espacio sideral, sin poder recibir

ninguna ayuda en un momento grave.

Deinos era ambicioso y James Crow, que era tanto o más ambicioso que el propio Deinos, lo sabía; pero, Crow también era muy astuto y con sus habituales carcajadas y palmadas amistosas, solía desorientar a quienes se creían sus amigos y que terminaban siendo sus víctimas.

—No nos han descubierto y hemos podido sumergirnos en estas aguas.

—Magnífico, Deinos, magnífico. Con las pequeñas naves caza que posees en el hangar de esta cosmonave, llevaremos a cabo el plan ideado por mí, el plan que nos hará ricos, muy ricos, los más ricos de la galaxia.

—Todavía no conozco ese plan y te he traído aquí al planeta Enei jugándome la licencia de propietario de cosmonave.

—¿No te pagué cincuenta mil sabrosos soles por traerme hasta aquí?

—Eso es cierto —admitió Deinos, el propietario de la cosmonave Zeus-444—. Pero tú eres un fugitivo y yo me he jugado mi licencia.

James Crow soltó una fuerte carcajada antes de decir:

—Deinos quejándose de proteger a un fugitivo, es para desternillarse. ¿Cuántos delitos has cometido en el espacio sideral. Deinos?

—Que se pueda probar, ninguno.

—Eso está bien, que se pueda probar, ninguno… Tú eres muy listo, por eso decidí confiar en ti.

Se acercó, pasándole el brazo por encima del hombro, entre amistoso y cordial.

—Podía haber escogido a otros, pero yo sabia que tú eras el mejor para este asunto. No va a ser fácil, aquí están armados, poseen aviones a reacción, fuerzas navales y, por supuesto, de tierra.

—Nosotros tenemos una tecnología mucho más avanzada —le replicó Deinos.

—Sí, sí, claro, pero ellos son muchos más. Yo puedo aplastar una avispa entre mis dedos sin que me suceda nada, pero imagínate si cae sobre mí un enjambre de avispas, lo iba a pasar mal, muy mal, y aquí es lo mismo.

—Bien, pero, ¿cuál es el tesoro que vamos a repartirnos al cincuenta por ciento?

—Son los tesoros del palacio imperial de Enei.

—¿En qué consiste ese tesoro?

—Puedes imaginártelo, las joyas más asombrosas que hayas visto jamás, lingotes de metales preciosos.

—¿Eso son suposiciones?

—No son suposiciones, son realidades.

—Quiero pruebas.

—¿Cincuenta mil soles son pocas pruebas?

—Es lo que me pagaste para que te sacara del planeta Border.

—Yo tenía mi plan para apoderarme del tesoro del planeta Enei, pero no podía hacerlo solo; además, necesitaba dinero. Si no pagaba los plazos acordados con la financiera que me vendió la cosmonave, ésta se bloqueaba automáticamente. Llegué a tiempo al planeta Border, pero allí se bloqueó y además, las autoridades, celosas, me la precintaron.

—¿No dijiste que ya tenías dinero para pagar?

—Lo tenía, pero se me torcieron las cosas. Mi robot se cargó a un tipo que me iba buscando problemas y no podía dejarme ver, por eso recurrí a ti.

—¿Sólo por eso?

—Por eso y por tu cosmonave que, además, tiene las naves de caza que son imprescindibles para el plan que bulle en mi cabeza.

—Mucho plan, pero insisto en que quiero ver pruebas de que ese imperio posee tesoros que puedan hacernos ricos.

—Tengo esas pruebas.

—¿Ah, sí?

—Naturalmente, te voy a mostrar una fotografía.

—Querrás decir una holografía —le corrigió Deinos.

—No, holografía no, una fotografía primitiva, hecha por los seres de

este planeta.

—Conque una fotografía hecha por los seres de este planeta, ¿eh? Será muy interesante verla.

—¡Cerdo, ven aquí! —ordenó, casi en tono de gruñido.

—Orden recibida, orden recibida.

El impresionante robot se acercó a su propietario. Deinos se lo quedó mirando y preguntó:

—¿Si le llamo «Cerdo» me obedecerá?

—Ni lo sueñes, tiene registradas las bandas de mi voz. No obedece a nadie más que a mí y es muy peligroso.

Deinos observó con recelo al robot de James Crow mientras éste le abría la espalda. De su interior, una especie de caja fuerte, extrajo una fotografía hecha a color. Se la mostró.

—¿Qué te parece?

Deinos la observó con fijeza y sus secuaces se miraron entre sí, ansiando verla también.

En la fotografía podía verse a una mujer bellísima, de largos cabellos verdes con tonalidades rojas y azuladas que vestía enteramente de pedrería.

Su cuerpo, hermosísimo, se hallaba acomodado en un trono fastuoso, rodeado por un biombo repleto a su vez de gemas.

—Es cierto —admitió Deinos—, Sólo lo que lleva en la cabeza vale mucho y, además, posee el valor de pertenecer a una civilización extraña a la nuestra. Cualquier coleccionista pagaría un millón de soles por la corona.

—¿Y el trono, el vestido, el biombo? —comentó James Crow grandilocuente.

Y ella, ¿quién es?

La emperatriz de Enei.

—¿Y seguro que todo esto se halla en el palacio imperial?

—Sí, y con nuestra tecnología, capaz de perforar paredes aunque sean de hormigón, granito o metales de los más duros, podremos

hacernos con este tesoro y después largarnos de aquí.

Nos perseguirán.

—No, ellos todavía no han llegado a la construcción de satélites artificiales: imagínate hasta que construyan cosmonaves interestelares.

—Si todo es como tú dices, Crow, habrá valido la pena venir.

—Ya os lo he dicho, será el golpe más grande de la galaxia.

—¿Cuándo lo llevaremos a cabo?

Pronto, en cuanto tengamos los planos de la metrópoli. Ya te ha dicho que tengo un plan perfecto. Provocaremos el pánico, ellos desconocen los efectos destructivos de nuestras armas, y mientras, podremos saquear el palacio imperial y lo que se presente. Hay que dispersar a sus milicias para que no se nos echen encima. Cuando se den cuenta de lo que sucede, ya estaremos al otro lado de la atmósfera y ellos se quedarán aquí rabiando, y lo que es mejor, no podrán llamar a la Confederación para que les defienda.

—¿Y tú qué harás, si no puedes regresar a la Confederación Terrícola?

—Hay otras confederaciones donde no se me busca y con la fortuna que voy a tener, seré poder, o. Se acabaron los problemas para mí, tendré lodo lo que ambicione y no me veré obligado a viajar más por los espacios buscando un planeta con algún posible tesoro. Viviré rara disfrutar.

—Crow, hay que poner manos a obra. Cuanto antes demos el golpe al palacio imperial, mucho mejor y más si anda por aquí ese Aleix Potent con su cosmonave.

—Sí, es un peligro. Hay que tener las armas dispuestas y si le vemos, hay que dispararle y destruirle sin preguntar nada, sin darle tiempo a reaccionar. Hay que exterminarlo por sorpresa, pero no podemos fallar. Si fallamos al primer disparo, él replicará y podemos llevarnos un buen disgusto.

—Si no te conociera. Crow, no me creería que le tengas tanto miedo a Aleix Potent.

—¿Miedo? —Soltó una sonora carcajada—. Si precisamente le entregué una cassette de video para que pudiera venir hasta aquí sin problemas. Así podré eliminarlo de una condenada vez y sus amigos de la Confederación Terrícola jamás sabrán lo que le ha pasado. Verás

como todo sale a la perfección, lo tengo muy bien planeado, perfectamente estudiado… Lo único que ha variado es que quería volver acá con mi cosmonave y mi propio equipo y no ha podido ser por culpa de un estúpido contratiempo. Pretender arrestar a James Crow para enviarlo a trabajos forzados, qué estupidez… Jamás seré un esclavo, jamás.

CAPITULO IX

Marcus se había quedado en la cosmonave Fura-23. Desde su panel de telecomunicaciones estaría en contacto continuo con Aleix, Fara y Joel que acababan de subir al veloz vehículo atom-hover-craft que poseía Aleix Potent.

Al mismo tiempo, Marcus vigilaría con las cámaras autónomas todo el exterior en un vasto radio de acción por si se acercaban extraños.

El vehículo se deslizaba veloz sin tocar el suelo, por encima del mismo, gracias a su sistema de electrodesgravitación.

Se adentraron en el espeso bosque sin encender la potente luz de! monofaro guiándose gracias al suprarradar para distancias cortas.

En la memoria del computador en el vehículo habían introducido el plano de la metrópoli y los lugares previamente seleccionados para pasar.

Los tres ansiaban llegar cuanto antes a la metrópoli para ver más de cerca a los habitantes de Enei, lo que ignoraban era la gran sorpresa que iban a recibir.

—¿Qué ocurrirá cuando alguien nos vea pasar con este vehículo sin ruedas, que no toca el suelo y apenas hace ruido? —preguntó Fara Cloissa.

—Van a pensar que es un modelo nuevo en periodo de pruebas —bromeó Joel.

Dejaron el bosque atrás y se introdujeron en los suburbios de la ciudad.

Aleix prefirió seguir circulando sin la luz del potente monofaro para no llamar la atención.

Vieron algunos viejos y ruidosos automóviles con motor de gasolina, debían estar viviendo la era del petróleo.

—¿Nos habrán visto? —preguntó Fara

—No lo creo —respondió Aleix, que continuó avanzando por las calles programadas.

Joel rezongó:

—A más de uno le vamos a provocar un susto.

—Vamos a probar —dijo Aleix, rebasando a un automóvil cuyos ocupantes se los quedaron mirando, aunque no pudieron ver demasiado a los terrícolas que no llevaban ninguna luz encendida.

—Son dos mujeres —dijo Joel.

—Sí, dos mujeres. Sigamos, es posible que ahora telefoneen a su policía explicando que han visto alienígenas.

—Que somos nosotros —se rió Joel.

—No hagamos bromas —pidió Fara—. Esto se puede complicar, es posible que se ponga a toda la ciudad en estado de alerta.

De una especie de centro de reunión o bebidas, pues los rótulos no se entendían en absoluto, vieron salir a varias personas. Joel se apresuró a decir:

—Todo son mujeres. Lo más curioso es que tienen un tamaño similar al nuestro.

—Qué raro —exclamó Fara—. Y todas visten igual.

—Sí, una túnica corta, en diferentes colores, pero una túnica corta que apenas les cubre las ingles.

Ciertamente era una túnica con varios pliegues que dejaba al descubierto un amplio escote. Una especie de cinturón ancho las ajustaba a la cintura y luego caían ocultando el nacimiento de las piernas y el pubis.

Calzaban sandalias o botas, todas hasta media pierna, ya fueran de piel o atadas con cintas.

—¡Nos han visto! —casi gritó Joel.

—Pronto dudarán de si éramos una realidad o una alucinación —dijo Aleix, alejándose a una velocidad muy superior a la que podían conseguir los vehículos a motor del planeta Enei.

—Cuidado, vienen coches en contra —advirtió Joel.

Aleix dio unos fogonazos con su potente monofaro y los automóviles, ante la cegadora luz. se desviaron, frenando luego.

—Esto es como un juego —opinó Joel.

—No se trata de ningún juego, estamos en plan de observación.

—Eh, mirad, allí hay más mujeres.

—Será que en este planeta sólo dejan salir por la noche a las mujeres —comentó Fara, bromeando.

Continuaron su avance hasta arribar al área donde se levantaban los más hermosos monumentos, palacetes y el gran palacio imperial.

De pronto, Joel advirtió:

—Una sirena.

Aleix detuvo el vehículo A.H.C.

La sirena, con un agudo pitido intermitente, pertenecía a un vehículo policial que, de pronto, se detuvo, enfocándoles.

Una voz femenina comenzó a hablar por un sistema megafónico. Su voz se oía claramente en toda la calle.

—¿Qué estará diciendo? —se preguntó Joel en voz alta.

—Que salgamos con las manos en alto, seguro —opinó Aleix.

—Creo que sí —asintió Fara.

Aleix replicó encendiendo el potente monofaro, que llenó de luz el vehículo policial.

—Nos van a disparar —advirtió Joel.

—Si son balas de pistola o subfusil, se estrellarán contra la carrocería y apenas harán un arañazo. Hasta los cristales que llevamos resisten ese tipo de armas de fuego tan primitivas.

Efectivamente, los agentes de la policía comenzaron a disparar, notaron los proyectiles rebotando contra la carrocería.

Fara abrió las bandas de telecomunicaciones y pudo oír a la mujer que había hablado antes por megafonía, llamando por radio.

Fara advirtió:

—Están pidiendo refuerzos.

—Podríamos hacerles una pequeña demostración de fuerza —dijo Aleix—, pero será mejor no hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó Joel—, Unos disparos de láser les harían darse cuenta de que no es bueno que nos baleen.

—Sería como iniciar una guerra. No, no hemos venido a eso.

Aleix puso de nuevo en marcha el vehículo A.H.C. Lo hizo elevarse dos metros por encima del suelo y así pasó sobre el coche policial, alejándose después.

—Se habrán llevado un buen susto —comentó Joel, viendo al coche policial atrás.

—Eh, las policías también son mujeres —exclamó Fara,

—Aquí parece que todo son mujeres y, por cierto, muy hermosas —observó Aleix.

Descendió de nuevo el vehículo para desplazarse en su altura normal de medio metro sobre el suelo, pues llegar hasta los dos metros era forzar el sistema electrodesgravitatorio.

—Ahora ya hemos sido descubiertos —dijo Fara—. Nos buscarán.

—Bien, iremos armados en todo momento. Hay que usar el casco protector con la cara protegida por si nos balean.

—Nos tendremos que colocar también las casacas de nervoplast —advirtió Joel—, nos pueden disparar.

—Sí, será lo mejor, ahora estarán un poco nerviosos.

—Nerviosas —le corrigió Fara a Aleix.

—Es cierto, todo son mujeres.

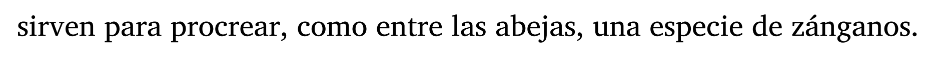
—Y lo curioso es que nosotros, en la cosmonave, tenemos a dos ejemplares varones y eso queda bien visible —observó Fara.

—¿No nos habrá jugado Crow una mala pasada y hemos venido a parar a otro planeta en vez del que estamos buscando para devolver a los dos enanitos alienígenas? —preguntó Joel.

Aleix quedó unos instantes preocupado.

—Es una maldita posibilidad a tener en cuenta, de Crow podemos esperarlo todo. No me extrañaría que en su mente hubiera algún plan maquiavélico para conseguir algo que nosotros desconocemos.

—Cabe la posibilidad de que en esta civilización los machos sólo


sirven para procrear, como entre las abejas, una especie de zánganos.

—Oye, ¿de veras que aquí los machos no trabajan? —preguntó Joel, lleno de picardía.

—No tardaremos en averiguarlo —opinó Aleix.

—¿Qué piensas hacer?

—Establecer el primer contacto. —Y abrió el telecomunicador.

—¿Llamas a Marcus?

—Sí. Marcus. Marcus, ¿me oyes?

—Sí, perfectamente.

—Voy a hacer un intento de aproximación. Ten listos los fuegos artificiales por si hay que hacer alguna demostración.

—De acuerdo, estará todo listo para cuando lo pidas.

—Voy directo a la verja del palacio principal y veremos qué ocurre cuando lleguemos allí.

—Ten cuidado, no te reciban a cañonazos. No olvides que tienen reactores milicianos y quizá hayan conseguido ya fabricar misiles con cabezas atómicas.

—Esperemos que no —dijo Fara, instintivamente.

Reanudaron la marcha.

Se centraron en una amplísima avenida que conducía a las murallas de granito del gran palacio que dominaba toda la metrópoli por hallarse en un otero.

Comenzaron a oírse más sirenas y luces brillantes aparecieron junto a la gran verja. La noche se llenó de parpadeos rojizos y azules.

—Parece ser que tenemos una gran recepción —observó Joel.

—Fara, tú que tienes la facultad de entenderte un poco con ellos, háblales despacio por el sistema megafónico.

—¿Y qué les digo?

—Que somos amigos, que venimos en son de paz. Que deseamos entrevistarnos con sus máximas autoridades porque tenemos algo importante que comunicarles.

—Está bien.

Fara cogió el micrófono de mano, abrió el sistema electro-megafónico y comenzó a hablar muy despacio.

Su voz se esparció en la noche, resonando contra las murallas, pero pasando también por encima de ellas, con una nitidez que los seres de Enei aún estaban lejos de poder conseguir.

—Somos amigos, venimos en son de paz —fue diciendo Fara lentamente para que la pudieran entender.

Sabía que sus palabras resultaban incomprensibles para aquellos seres, pero confiaba en que la comprendieran telepáticamente como lo habían hecho los enanitos que tenían en la cosmonave.

Después de hablar Fara, se produjo un silencio; no ululaban las sirenas, pero las luces rojas y azules seguían parpadeando brillantemente en la noche.

—No dicen nada —observó Fara.

—¿Cuántos automóviles policiales crees que habrán? —preguntó Joel.

—Cerca del medio centenar con los que han tomado ya todas las bocacalles.

—Lo que resulta muy extraño es la diferencia de tamaño entre las mujeres y los hombres en este planeta, salvo que estemos en un planeta distinto —dijo Joel.

—Ya lo averiguaremos. En cuanto a la diferencia de tamaño, eso mismo ocurre en muchas especies de insectos y también de peces.

—Estos seres son mamíferos como nosotros —puntualizó Fara.

Joel asintió:

—Sí, y las mujeres están muy ricas.

—Mirad, las puertas se están abriendo —exclamó Aleix.

Las grandes puertas de la muralla pétrea que rodeaba el palacio se abrieron para dejar paso a un automóvil más grande y lujoso que llevaba como unas placas distintivas sobre el techo.

El vehículo, sin titubear, fue recto hacia ellos.

Aleix disminuyó la intensidad de la luz del monofaro y además le dio una inclinación para que no cegase a quienes se acercaban a ellos.

El automóvil se detuvo. Al abrirse las portezuelas, descendieron tres mujeres uniformadas, pues la túnica que llevaban tenía mucho de guerrera y la gorra de visera también les daba un carácter miliciano.

—¿Qué graduación tendrán? —preguntó Joel.

—Joel, tú vas a quedarte aquí en nuestro vehículo. Fara y yo, si a ti te parece bien. Fara…

—¿Vamos a su encuentro?

—Sí.

—De acuerdo, no tengo miedo.

—Bien, saldremos a su encuentro. Tú, Joel, cuéntale a Marcus lo que ocurre y que tenga preparados los fuegos de artificio por si hay problemas.

—Bien, ya se lo comunicaré todo.

—Me mantendré en contacto comigo por el microtransmisor. Si sucede algo desagradable, funde las puertas y derriba la muralla.

—¿Y luego?

—Aguarda, será una primera demostración. Los fuegos de artificio de Marcus serán más vistosos, pero menos destructores.

—Creo que están esperando que descendamos —dijo Fara.

—Bien, pero iremos armados.

—¿Con los fusiles láser?

—No, bastará con llevar las pistolas al cinto.

Descendieron del vehículo A.H.C. con el casco protegiendo sus cabezas y las ligerísimas pero efectivas casacas antibalas, capaces de detener los proyectiles de armas de fuego de escasa potencia como podían ser pistolas o metralletas de mano.

—Vamos directamente al coche —le dijo Aleix.

—¿No nos dispararán?

—Creo que no, máxime quedándose el vehículo aquí. Ellos pensarán

que es una especie de nave tanque o algo por el estilo. Cuando lleguemos a su altura, levanta la mano derecha a la altura de la oreja y no hacia adelante, mostrando la palma; creo que lo entenderán.

—Sí, y pensaré «paz».

—Mejor.

Al llegar a su altura, levantaron la mano formando un ángulo recto con el codo de los respectivos brazos. Las mujeres milicianas dudaron unos instantes, pero optaron por hacer el mismo tipo de saludo.

—Esto va bien —opinó Aleix Potent.

—Entremos en su automóvil.

Se acomodaron en la parte posterior del vehículo. Se cerraron las portezuelas y el auto giró ciento ochenta grados para retornar al interior del recinto del palacio.

En vez de detenerse frente a una amplísima escalinata que conducía a la puerta noble de la edificación, el vehículo se introdujo por el túnel subterráneo bien iluminado y en perfectas condiciones.

Al fin, se detuvieron en un área de estacionamiento del subsuelo del palacio y se apearon.

—Nos piden que las sigamos —dijo Fara.

—Sí, los gestos son evidentes.

Siguieron a las milicianas que les introdujeron en un amplio ascensor con una tela que parecía terciopelo. Al fin, el ascensor se detuvo y pasaron a un corredor. En el mismo había varias mujeres uniformadas y armadas.

Fara dijo:

—Están vigilantes por si se nos ocurre alguna acción desagradable para ellos.

—Espero que no disparen, sería una estupidez.

Entraron en un antedespacho.

Una mujer les miró con enorme curiosidad y se apresuró a abrir otra puerta que conducía a un amplísimo despacho en el cual se hallaba otra mujer que tendría algo más de veinte años.

Como la mayoría era muy bella. Sus cabellos eran largos y de color azul morado, sus ojos muy expresivos y la boca carnosa. No parecía haber ninguna animosidad en aquel rostro hermoso.

—Saludemos en son de paz —pidió Aleix.

La pareja alzó la mano y medio brazo al mismo tiempo.

La mujer que les recibía miró a las milicianas que debían de tener alguna graduación, a juzgar por los extraños símbolos que lucían en sus guerreras y gorras. Estas respondieron con palabras ininteligibles.

La que no vestía el uniforme y que les estaba atendiendo, sonrió y alzó su brazo de la misma forma.

—Fara, diles qué somos amigos, que les deseamos paz y larga vida.

—Somos amigos —comenzó a decir Fara muy despacio, y por la actitud de quien les estaba recibiendo, se dieron cuenta de que les entendía.

—Ahora, pregúntales si es la máxima autoridad aquí.

Después de hacer la pregunta, la mujer del despacho respondió:

—Law.

—Ha dicho que no, ésa es una de sus palabras que comprendo perfectamente.

Aleix se acercó a la mesa-escritorio. Tomó una hoja y una especie de rotulador y dibujó seres humanos esquematizados a base de redonditas que simbolizaban cabezas y pequeñas rayas que eran los miembros.

El dibujo consistía en una pirámide de muñecos. Aleix se la mostró a aquella mujer, la señaló a ella y luego al muñeco de la cúspide.

Ella comprendió de inmediato y señaló a uno de los tres muñecos que estaban por debajo del que estaba en la cúspide.

—Ha querido decir que es como una ministro o algo por el estilo —opinó Fara.

—Dile que queremos ver a la cabeza.

Fara lo pidió lentamente y la mujer que les atendía respondió:

—No he entendido nada —reconoció Fara.

—Será fácil preguntar.

—¿Cómo? —inquirió Fara.

Aleix tomó de nuevo el rotulador y escribió las palabras «sí» y «no» en aquella lengua extraña. La ministro se las quedó mirando, sonrió y escribió otra.

—¿Más tarde? —preguntó Fara.

—Ho.

—Bien, dice que está descansando.

—Creo que podremos hacer un primer contacto —opinó Aleix.

—Parece que nos recibirá, pero ahora no puede ser. En realidad, creo que prefieren saber mucho mejor cuáles son nuestras intenciones y luego actuarán en consecuencia, deben de tenernos cierto miedo, aunque nosotros vengamos con amistad y paz.

—Diles que venimos de otro planeta; en el grado de civilización en que se hallan, lo entenderán perfectamente.

—Les diré que nuestro planeta se llama Tierra y que es el tercer planeta de la estrella a la que darnos el nombre de Sol.

—Explícaselo de una forma somera, pero diles que no hemos venido solos, no sea cosa que se les ocurra la tontería de hacernos sus prisioneros para poder estudiarnos.

Siempre lentamente, Fara repitió todo lo que querían decirles.

La ministro del imperio Enei llamó entonces por un artilugio que debía ser un teléfono.

—¿Crees que ha comprendido? —preguntó Aleix.

—Sí. Me parece que ha pedido algo.

—Dile que hemos viajado por el espacio sideral para venir a verles y traerles nuestro mensaje de amistad, el mensaje de nuestra civilización.

Fara siguió diciendo todo lo que le pedía Aleix y cuando hubo terminado, sonó un ruido como de chicharra.

La ministro tomó el artilugio telefónico, habló y luego colgó. Al poco, se abría la puerta del despacho y apareció una secretaria con un

mapa estelar que colgó de la pared.

La ministro señaló con el dedo y Aleix, que tenía aún el rotulador en su mano, buscó la estrella Sol y la rodeó con un trazo circular.

Al lado puso las letras «SOL» y, después, buscó la estrella a la que pertenecía el sistema planetario en que estaba comprendido Enei.

La rodeó también con rotulador; luego, tomó una hoja y puso la estrella Sol con la palabra incluida y señaló los planetas con sus respectivas órbitas, mostrando la Tierra con una flecha y añadiendo su nombre.

—¿Comprendes de dónde venimos? —preguntó Fara, hablando siempre con mucha lentitud.

—Ho —respondió la ministro.

Aleix rezongó:

—¿Nos tomará por locos?

—Si te sacas el casco de la cabeza, no.

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres un hombre y ellas, al parecer, aquí sólo tienen varones enanitos.

—Enanitos, pero con unos genitales muy grandes. ¿No crees?

—Ejem...

—Bueno, me quitaré el casco.

Desnudó su cabeza. La ministro de aquel ignoto imperio se lo quedó mirando muy fijamente. Aleix sonrió.

Tomó otra hoja, pues tenían muchas dificultades de expresión, y dibujó esquemáticamente dos figuras humanas desnudas.

Fara se vio representada en una de ellas y Aleix, sin duda, era la otra, sin descuidarse sus atributos masculinos.

Aleix puso el nombre de Fara a pie del dibujo femenino y el de Aleix bajo el dibujo que trataba de representarle a él.

—¿No has exagerado en tus atributos varoniles? —preguntó Fara, sonriendo ligeramente.

—No, y ya me corregirás tú en otro momento.

—¿Yo?

Aleix señaló el dibujo femenino y a Fara. Después, el masculino y a él mismo.

En este punto, la sorpresa de la ministro fue grande. Miró muy atentamente a Aleix, al que daba mayor importancia, deteniéndose su mirada en la unión de ambas piernas.

—Me temo que te va a pedir que te desnudes…

—Bueno, en este momento no me apetece.

La ministro miró a Fara y le habló en tono de pregunta, pero la joven no entendió nada.

—Me parece que te está preguntando si es cierto lo que digo.

—No —dijo Fara, señalando a su compañero.

La ministro se acercó a Aleix y le tocó las piernas, los brazos.

—Me parece que, acostumbradas a tener machos enanitos, se te van a comer vivo —se rió Fara.

—Es una situación preocupante para mí —suspiró Aleix—. Anda, pregúntale dónde están sus varones.

Fara hizo la pregunta y la ministro no supo responder bien, estaba muy Sorprendida.

—No entiendo lo que dice.

—Trataremos de averiguarlo, así sabremos de dónde pudo secuestrar James Crow a los dos enanitos.

La ministra, dándose cuenta de que no la comprendían, optó por el sistema del dibujo. Hizo una figura femenina casi exacta a la dibujada por el propio Aleix y luego, al lado, puso la figura masculina que correspondía exactamente a los dos hombrecitos que mantenían en la cosmonave.

—Es evidente que no nos hemos equivocado de planeta —observó Aleix.

—En la ciudad están las mujeres, las hembras. ¿Dónde están los varones?

La ministro tomó una hoja más e hizo un esquema de la ciudad.

Dibujó unos núcleos pequeñitos, muy alejados. Se señaló a sí misma y luego a la ciudad. Mostró luego el dibujo del hombrecito y los pequeños núcleos distantes.

—Parece que los varones están en una especie de granjas —dijo Fara.

—Es evidente que los tienen para procrear y la ciudad es para ellas.

—Me parece que el nivel de inteligencia es muy superior aquí entre las hembras.

—Y ellas querrán ver si yo soy tan inteligente como tú.

—Es posible.

—Diles que nos vamos y que mañana volveremos para que nos reciba su mujer jefe.

—Bien, ahora se lo repito.

La ministro aceptó la situación.

Los dos terrícolas hicieron el movimiento de marcha y nadie les cortó el paso.

La curiosidad de la ministro era muy grande, pero no hizo ninguna intención de ataque o intento de captura. Sus ojos seguían muy fijamente a Aleix, para ellas resultaba inconcebible que un varón fuera más alto que una hembra y tan inteligente como ellas.

En Enei se habla desarrollado una civilización de mujeres, prescindiendo totalmente de los hombres a los cuales se criaba, mantenía y cuidaba para la procreación y hasta era muy posible que se mantuvieran unos cupos determinados de varones y los que nacieran de más, fueran exterminadados en el mismo momento del nacimiento mientras las hembras eran apartadas y cuidadas con especial esmero como ciudadanas del imperio.

Las mujeres milicianas que les habían transportado en su automóvil les aguardaban y el vehículo volvió a salir del estacionamiento subterráneo, sacándoles del recinto del palacio imperial. Afuera aguardaba Joel, impaciente.

Al salir del vehículo, las tres milicianas les saludaron con la mano en señal de amistad y la pareja terrícola correspondió antes de

desaparecer en el interior de su vehículo atom-hover-craft.

—Deja que pilote yo el vehículo —pidió Aleix.

Hizo unos destellos con el monofaro, como demostrando la potencia de luz, y lo puso en marcha, alejándose. Aumentó la velocidad sin poner rumbo directo a la cosmonave. Estaba seguro de que tratarían de seguirle para averiguar cuál era su refugio.

—Mañana les daremos una gran sorpresa.

—Ten cuidado, no nos la vayan a dar ellas a nosotros —advirtió Joel mientras dejaban la ciudad atrás.

CAPITULO X

La cosmonave Zeus-444 aforó a la superficie de las aguas marinas, que burbujearon en torno a ella, para disparar por los tubos correspondientes tres diminutos cohetes que poseían en su interior filmadoras de TTV con dispositivos de emisión instantánea.

Aquellas telecámaras autónomas tenían por misión captar imágenes que inmediatamente enviaban a la cosmonave. Esta las grababa y así conseguían sus propósitos de obtener una visión perfecta de la metrópoli y sus alrededores y también de las pequeñas ciudades, factorías y granjas dispersas en un radio de dos mil kilómetros.

—Podemos dominar estos puntos —señaló Deinos frente a la pantalla, moviendo unos pequeños mandos que hacían aparecer círculos negros sobre la pantalla, círculos que él situaba sobre los posibles objetivos a atacar.

—Las naves atacantes «A», «B» y «C» me parecen bien, forman un triángulo perfecto controlando la metrópoli, pero la atacante «D» es mejor situarla en torno a la metrópoli, en los objetivos clave.

—¿Acuartelamientos milicianos y factorías?

—Eso es. La gran movilidad de tus naves caza les permitirá situarse sobre la metrópoli, a una altura de diez mil metros, y disparar simultáneamente.

—¿Y luego?

—Los otros caza deberán partir en distintas direcciones para buscar sus objetivos. Hay que centrar el ataque en el eje del triángulo y abrirse luego hacia el exterior para obligarles a ellos a dispersar sus fuerzas. Si hiciéramos lo contrario,'ellos se replegarían en torno al palacio imperial y el efecto sería todo lo contrario de lo que pretendemos.

Deinos expuso a continuación su idea para poner aquel plan de ataque en funcionamiento.

—Enviaremos las cuatro naves de caza al mismo tiempo. Se colocarán en vertical, una encima de otra, y cuando la nave «D» dispare sobre los suburbios y acuartelamientos de la metrópoli, en ese preciso instante, las «A», «B» y «C», como si formaran un solo cuerpo, se separarán y partirán cada una en una dirección, disparando contra

cuantos objetivos hallen a su paso y provocando la destrucción, lo que les hará pensar que el peligro se aleja de la ciudad.

—Exacto —aprobó James Crow—, ése es mi plan original. Si comenzáramos el ataque desde las afueras, acercándonos a la ciudad, las tropas de combate se concentrarían en torno al palacio imperial y tendríamos muchas más dificultades.

—¿Y cuándo crees que hemos de despegar con la cosmonave?

—Cuando las naves de caza lleguen a sus respectivos objetivos. Entonces, despegaremos, nos desplazaremos a cinco mil metros de altura hasta colocarnos sobre la vertical del palacio imperial y en ese instante, descenderemos. Una vez hayamos tomado contacto con el suelo, saldremos de la cosmonave con vehículos blindados, las puertas no serán obstáculo. Las fundiremos todas a nuestro paso y así, hasta el tesoro imperial. Lo cargaremos y regresaremos de inmediato a la cosmonave.

—¿Y los servidores de palacio que encontremos a nuestro paso?

—Hay que eliminarlos. Cuanto más daño causemos, más terror tendrán. Hay que emplear armas que provoquen mucho fuego y mucho ruido, que crean que ha llegado su apocalipsis.

—Bueno, hay algo que todavía no está muy claro.

—¿Y qué es lo que no queda claro para tu sesera? —preguntó Crow, riéndose.

Tomaremos los tesoros que hemos visto en esa fotografía en que la emperatriz se muestra a su pueblo, una fotografía que los súbditos de este imperio casi han de adorar, pero, ¿y si hay más tesoros? ¿Por qué hemos de dejarlos aquí, después de haber desplegado un ataque tan perfecto y costoso?

—Tienes razón, Deinos, claro que si consiguiéramos capturar a la emperatriz y a dos o tres más de su séquito, las podríamos obligar a que nos dijeran dónde están todos los tesoros.

—En ese caso, el plan de ataque debe perfeccionarse.

—Sí, eso nos obligaría a permanecer más tiempo en el lugar de ocupación.

No va a ser difícil. —James Crow señaló el mapa—. Las naves de ataque «A», «B» y «C» seguirán sobre sus objetivos, destruyendo todo lo que sea miliciano o factorías en un radio de dos mil kilómetros, eso

no costará demasiado.

—Bien, pero, ¿y si aparecen aviones a reacción?

—Disparad contra ellos con láser intermitente automático. Esos reactores no dudarán mucho, su tecnología bélica es muy primitiva.

—Si, eso parece, pero siempre pueden surgir sorpresas,

—Sigamos —pidió Crow que quería dejar perfectamente trazado el plan de ataque al palacio imperial, cortando toda posible ayuda exterior a dicho palacio—. La nave «D» seguirá en el aire sobre la vertical de la ciudad, disparando contra todos los objetivos que puedan ser peligrosos. El piloto que tripule esa nave de caza debe ser el mejor.

—Manson es el mejor piloto de caza que tengo.

—Bien, pues que él pilote la nave «D». Que destruya los puentes de acceso a la ciudad sobre carreteras y autopistas para impedir cualquier llegada de tropas al perímetro de la ciudad. Disparará contra los edificios más grandes provocan do fuegos y destrucción que causen el pánico y con el pánico, el caos, la desorganización.

—Creo que tres o cuatro horas serán suficientes para que nos digan dónde ocultan todos los tesoros —admitió Crow.

—Les inyectaremos la droga de anulación de la resistencia psicológica.

—No seas tonto, Deinos. Si se ponen a hablar, ni tú ni yo vamos a entender nada de lo que digan, es mejor colocarles el casco de los electrodos torturantes. Les haremos ver qué es lo que queremos y luego, por control remoto, enviaremos descargar a sus sesos para que comprendan que es mejor obedecer.

—Aquí tengo un par de esos cascos de electrodos torturantes.

—Ya lo sabía, contaba con ellos.

—Lo cierto es que también anulan cualquier resistencia. El dolor no sólo lo sentirán en su cabeza sino donde queramos. Moviendo el controlador remoto adecuadamente, el dolor se esparcirá por sus brazos, sus piernas, su estómago, en fin, todo, porque controlaremos sus centros neurálgicos.

—Será muy fácil llevarnos lo que nos interesa.

—¿Y luego?

James Crow volvió a reír con su vozarrón.

—Luego, la sorpresa final.

—¿Cuál es esa sorpresa final?

—Tengo la filmación de una película con radiación de neutrinos que me ha proporcionado los datos de todas las fallas geológicas que existen en torno al área metropolitana.

—¿Y? —inquirió Deinos.

—Lanzaremos tres misiles de fusión que se introducirán en esas fallas geológicas. A partir de ese instante, se producirá el mayor cataclismo que jamás haya sufrido este planeta. Se romperán las placas continentales, brotarán casi un centenar de volcanes esparciendo mares de lava al tiempo que la ciudad se abrirá hasta desaparecer totalmente entre la tierra, las rocas y el agua hirviendo. La lava se encargará del resto y será su fin. No va a quedar ni rastro de que en este lugar ha existido una ciudad próspera.

—¿Como la ciudad de los atlantes en el planeta Tierra?

—Desaparecerá totalmente y si el nivel del suelo desciende, cuando el magma ígneo se enfríe, las aguas oceánicas lo invadirán todo y quedará bajo el agua. Sobre el área afecta da se creará una nubosidad tan densa que les durará varios años, años que quedarán sin la luz de su sol, desencadenándose grandes tormentas y constantes chubascos. El agua que se evapore a causa de la fusión nuclear de nuestros misiles más el agua evaporada a causa de los mares de magma ígneo, a lo largo de meses y meses tendrá que volver a caer sobre el planeta en forma de lluvia, pero bajo esa capa de nubes se creará una capa térmica de elevada temperatura con un cien por cien de humedad, incluso con vapor recalentado, que hará la vida imposible durante mucho tiempo. Nada quedará vivo en un radio de dos mil kilómetros como mínimo.

—Crow, había llegado a pensar que yo era el pirata más bastardo de toda la galaxia, pero a fe mía que tú me ganas.

Crow prosiguió con sus carcajadas.

—¿Es que aún no me conocías bien?

—Creía conocerte, pero después de lo que has tramado... ¿De veras hace falta eliminar a tantos millones de seres inteligentes?

—Hay que borrar todos los rastros Yo ya estoy perseguido por la justicia de la Confederación Terrícola, pero tú no lo estás.

—Cuando se enteren de que te he protegido en mi cosmonave, lo estaré.

—No temas. Cuando tenga la fortuna que vamos a tomar como botín del palacio imperial de este planeta, podré justificar lo que me ocurrió, alegando que fue un error del robot.

—No te creerán.

—Sobornaré a cuantos haga falta y quedará como un accidente del robot. Sólo se me podrá acusar de imprudencia temeraria con atenuantes. Me obligarán a pagar una indemnización a los familiares del muerto que dejé en el planeta Border, yo pondré cara de pena y la pagaré con largueza, lo que no va a ser nada comparado con lo que me corresponda del saqueo del palacio imperial y luego, a vivir como quiera. Al principio tendré que refugiarme en alguna de las confederaciones de los mutados, pero luego adquiriré mi carta de terrícola libre.

—Comprendo, y si aquí quedara algún testigo de una masacre tan gigantesca, no te lo perdonarían.

—Claro que no, ni a mí ni a ti. Provocando el cataclismo al atacar las fallas geológicas, todo quedará como un accidente telúrico de este planeta, muy grave, pero al fin y al cabo algo imprevisible. Los temblores de tierra que durarán semanas, harán que no quede ni el más mínimo rastro de nuestra presencia aquí.

—En ese caso, como el saqueo debe hacerse rápido y de una sola vez, pues luego todo desaparecerá, hemos de aseguramos bien de que no queda en el palacio nada interesante que nos podamos llevar.

—No te preocupes. Deinos, las bodegas de tu cosmonave quedarán repletas de tesoros como jamás hayas podido ni soñar.

—Todo muy bien, pero, ¿Y Aleix Potent?

James Crow volvió a reír sonoramente.

—Cuando él se dé cuenta de lo ocurrido, ya será tarde, no podrás hacer nada, salvo contemplar el cataclismo sin poder salvar ni una hormiga, nada, y en medio del caos, nosotros nos alejaremos de este planeta dando un gran rodeo en el espacio sideral.

—¿No sería mejor eliminar a Aleix Potent y a su cosmonave?

—Eso no es tan fácil y si vamos cargados de tesoros es mejor no exponerse a un enfrentamiento con Aleix Potent, podríamos perderlo todo, incluso la vida. Es mejor huir mientras él se dedica a contemplar como una civilización desaparece por completo, hasta la última de sus más pequeñas huellas.

CAPITULO XI

Sabían que el nuevo día sería importante para ellos.

Iban a ser recibidos por la máxima autoridad de la Civilización del planeta Enei y devolverían sanos y salvos a los dos varones capturados por Crow.

Estos dormían profundamente debido al tranquilizante que Fara había mezclado con sus alimentos.

Marcus y Joel dormían en sus respectivos camarotes, debían dar descanso a sus cuerpos. Todo marchaba bien, no parecía que hubiera nada que temer.

Tras el incidente de los aviones a reacción, las mujeres de la civilización Enei ya no se habían mostrado más belicosas.

Aleix Potent había conectado los controles automáticos. Las cámaras autónomas exteriores, situadas en lugares estratégicos ente las rocas, permanecían vigilantes, con los visores infrarrojos de alta sensibilidad incorporados a las mismas.

Si alguien se acercaba a aquella especie de cráter escarpado donde se habían refugiado, seria detectado de inmediato y la alarma automática se pondría en funcionamiento, despertando a los dormidos; lo mismo habría de ocurrir si se aproximaba algún vehículo.

Era una noche de calma, una noche serena en la que brillaban la cara del planeta más próximo y que aparecía mucho más grande que la propia luna.

Toda aquella luz de reverberación daba a la noche del planeta Enei una claridad fría, enigmática y hermosa a la vez. La temperatura había descendido, pero resultaba agradable.

Era de madrugada, mas faltaban casi ocho horas para el amanecer, ya que la noche en el planeta Enei duraba algo más de diecisiete horas. El período de rotación sobre sí mismo era superior al del planeta Tierra.

Aleix sabía que tenía tiempo para descansar; así, al día siguiente, estaría despejado para la gran recepción. Pensó en Fara y al pasar por delante de su camarote, se detuvo; contuvo la respiración para escuchar mejor.

No oyó nada; iba a dar un paso hacia adelante para alejarse, mas se abstuvo. Volvió su rostro hacia la puerta del camarote y lo abrió. Sabía lo que significaba su acción y no retrocedió, siguió adelante; sin embargo, se llevó una decepción, el camarote estaba vacío. Frunció el ceño.

Buscó a Fara Cloissa por otras dependencias de la cosmonave, mas no la halló por parte alguna y comenzó a inquietarse. Marcus y Joel seguían durmiendo, los había visto.

Ya en la sala de control de la cosmonave, conectó las cámaras de telescopía exterior adosadas al fuselaje, aunque exteriormente sólo asomaban los diminutos objetivos, bien protegidos contra los impactos de los meteoritos y del calor.

En una de las pantallas en que aparecía el pequeño lago que ocupaba parte del fondo del cráter en que se hallaba posados, pudo ver una figura humana Aumentó el poder del teleobjetivo y la figura se hizo mayor.

—Fara...

La muchacha no podía oírle salvo que conectara la megafonía exterior y no le pareció oportuno conectarla.

Desconectó las telecámaras y abandonó la cosmonave por la estrecha rampa que llegaba hasta el suelo.

Encontró a Fara contemplando la superficie de! agua que de tan lisa, calmada y oscura semejaba un espejo en el que se reverberaba la luna de Enei y el cercano planeta.

—Es hermoso, ¿verdad?

—¡Ah!

—¿Asustada?

Fara sonrió.

—Creí que estaba sola.

—Te comprendo.

—Me fascina este pequeño lago de aguas oscuras. ¿Crees que será muy profundo?

—Es posible. Deberíamos traer en sensor para averiguarlo.

—No creo que sea necesario, era simple curiosidad.

—Parece que aquí se acumulan aguas de lluvias. Las paredes y el fondo se ven rocosos y no dejan que el agua escape.

—¿Crees que dentro habrá animales peligrosos?

—Es un planeta desconocido para nosotros y nunca se sabe. Marcus ha analizado este agua y ha dicho que es perfectamente potable, incluso está bien oxigenada, lo que indica que no hay excesiva proliferación de microorganismos en su interior. El agua se puede beber y no ha de afectar para nada a la piel.

—¿Piensas que correría algún riesgo si rompiera ese espejo y me bañara?

—Es difícil saber lo que puede haber debajo, pero creo que no. Marcus no ha detectado movimientos animales.

—Entonces, me bañaré. Hay que cometer locuras de vez en cuando.

Fara se quitó la camisa y luego los shorts. No llevaba sujetador alguno. Sus senos eran altos, bien erguidos, coronados por unos pezones agresivos.

Fara sabía que sus pechos atraían las miradas masculinas y en aquellos momentos, Aleix la contemplaba al natural. No faltaba la luz plateada de la luna de Enei ni la del cercano planeta, luz de reverberación que hacía aparecer sus pechos marmóreos de puro blancos; sin embargo, estaban llenos de vida y calor.

—Hace una temperatura estupenda —comentó Fara por decir algo mientras notaba que se le secaba ligeramente la garganta, sin saber que al hombre le ocurría lo mismo.

—Te dije en otra ocasión que eres magnífica, Fara.

—Gracias, y tus palabras deben tener mucho valor porque sé que has conocido a incontables mujeres.

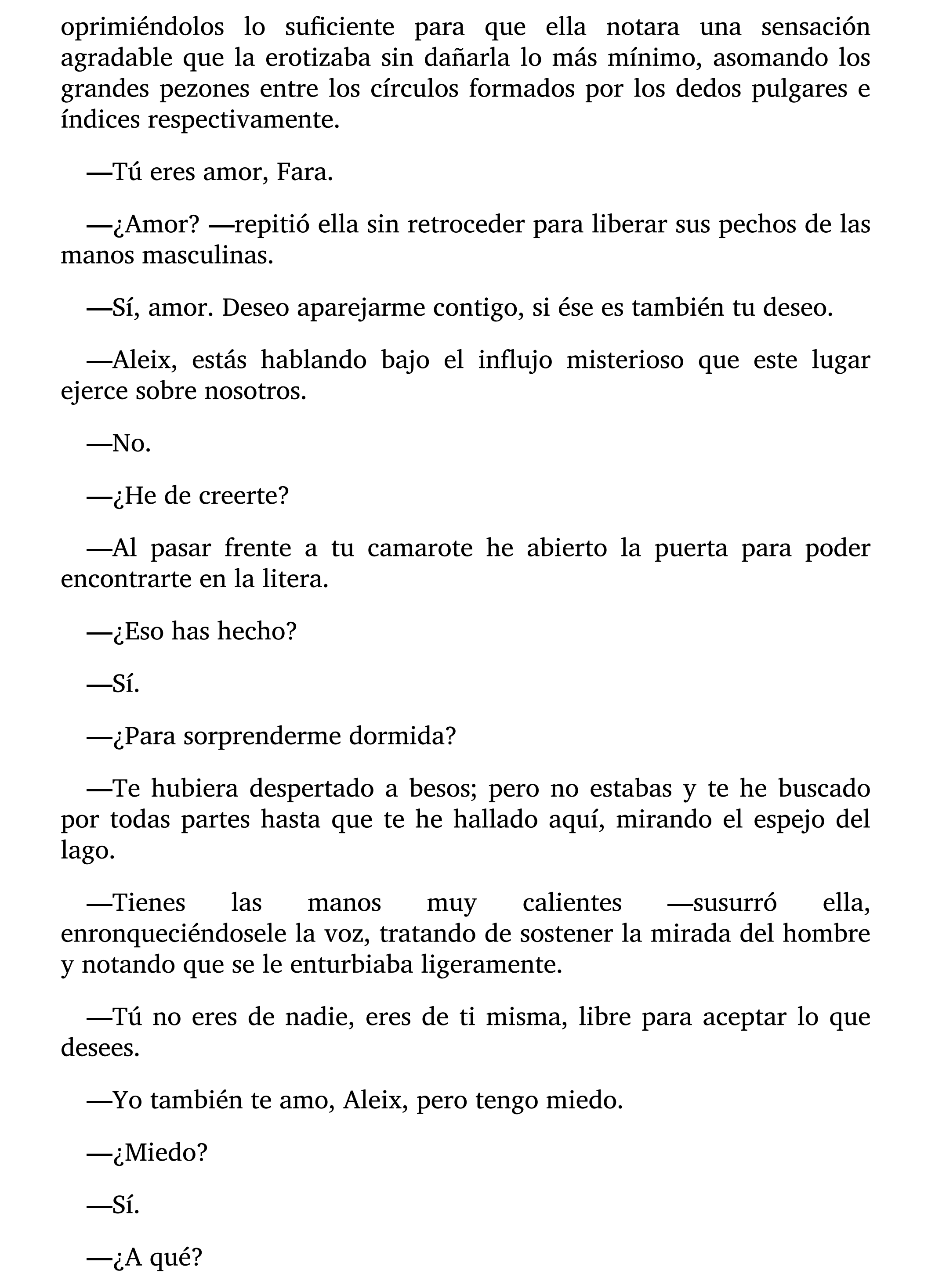
—Sexualmente, sí, pero no las he amado.

—¿Y qué tal resulta el juego del amor sin verdadero amor?

—Divertido.

—Eres un granuja.

Tomó los senos femeninos llenándose las manos con ellos,



oprimiéndolos lo suficiente para que ella notara una sensación agradable que la erotizaba sin dañarla lo más mínimo, asomando los grandes pezones entre los círculos formados por los dedos pulgares e índices respectivamente.

—Tú eres amor, Fara.

—¿Amor? —repitió ella sin retroceder para liberar sus pechos de las manos masculinas.

—Sí, amor. Deseo aparejarme contigo, si ése es también tu deseo.

—Aleix, estás hablando bajo el influjo misterioso que este lugar ejerce sobre nosotros.

—No.

—¿He de creerte?

—Al pasar frente a tu camarote he abierto la puerta para poder encontrarte en la litera.

—¿Eso has hecho?

—Sí.

—¿Para sorprenderme dormida?

—Te hubiera despertado a besos; pero no estabas y te he buscado por todas partes hasta que te he hallado aquí, mirando el espejo del lago.

—Tienes las manos muy calientes —susurró ella, enronqueciéndosele la voz, tratando de sostener la mirada del hombre y notando que se le enturbiaba ligeramente.

—Tú no eres de nadie, eres de ti misma, libre para aceptar lo que desees.

—Yo también te amo, Aleix, pero tengo miedo.

—¿Miedo?

—Sí.

—¿A qué?

—Eres muy atractivo y el favor de las mujeres se te da fácil.

—Si te tengo a ti y tú eres capaz de consumir todo mi luego, toda la

energía que genero y almaceno, ¿para qué habrían de hacerme falta otras mujeres?

—Por simple vanidad. He visto cómo te miraba la ministro de esta civilización tan extraña a la nuestra.

—Lógica curiosidad. Ellas están acostumbradas a tener hombres muy pequeños, inferiores en todo, sólo aptos para procrear. Ignoro por qué son de esa forma mientras las mujeres son esbeltas, hermosas e inteligentes.

—No lo sé, pero tú eres para ellas una curiosidad excepcional. No me extrañaría que la reina, presidente o emperatriz, lo que sea, intentara retenerte sólo para ella.

—Todo son elucubraciones por tu parte. Fara. En cambio, este instante que estamos viviendo tú y yo, es una realidad. Tú, casi desnuda junto a un pequeño y extraño lago de un planeta desconocido.

—No continúes.

—¿Sigues teniendo miedo?

—Sí, tengo miedo de que venzas todas mis reticencias. Deseo que para mí el amor sea una cosa única, un solo hombre, alguien a quien serle fiel y que él me lo sea a mi, alguien en quien poder confiar totalmente, alguien incapaz de traicionarme sean cuales fueren las circunstancias.

—Si eso es lo que deseas, yo soy ese alguien para ti.

Como respuesta, la joven hizo un movimiento rápido con su cuerpo y los senos escaparon de entre las manos del hombre que los había mantenido apresados pero sin oprimirlos. Sus manos habían sido acariciadoras y no garras.

Aleix la vio saltar y zambullirse en el agua Rompió el brillante espejo acuoso y desapareció bajo su superficie. A los pocos segundos, resurgió como una diosa blanca, ondulante, fascinadora.

—Ven, está fresca pero muy buena.

Aleix se desnudó como en un ritual, sin prisas.

Se zambulló también y nadó hacia ella. Ambos olvidaron que bajo ellos podían haber animales extraños y devoradores de carne o provistos de malignos y ponzoñosos aguijones que habrían de

inocularles la muerte sin remedio.

Nadaron.

Jugaron al cortejo del amor, un cortejo desconocido entre los humanos inteligentes de aquel ignoto planeta donde la mujer era tan superior al hombre que no había amor posible, sólo reproducción procreativa.

La amistad se daba entre ellas mismas y los varones que daban apartados como animales domésticos, necesarios para asegurarse la continuidad de la especie.

Fara huía nadando y riendo pero se sintió atrapada por la cintura. El apretó el cuerpo femenino contra el suyo, sujetan dota por la cintura, y así nadaron como si ambos fueran un solo cuerpo.

—¿Salimos un poco? Me canso —dijo ella jadeante.

Moviendo sus pies como si fueran aletas de cetáceo, empujó a Fara hacia la orilla y en ella se tendieron sobre una arenilla fina y oscura, fresca y blanda, que acogió sus cuerpos.

Aleix la besó en la boca y ambos se estremecieron.

—Aleix. Aleix... ¿De verdad me amas?

No hacía falta que respondiera de boca, sus besos, sus caricias la presión de un cuerpo contra el otro y la desaparición total de tejidos artificiales que pudieran separarles fueron suficiente respuesta.

Fara cerró los ojos mientras notaba que le faltaba el aire.

Cuando volvió a abrir los párpados, se sentía gozosamente extenuada y el planeta que brillaba en lo alto del firmamento con tonalidades amarillentas, le pareció mucho más grande y hermoso, habría de recordarlo toda su vida.

CAPITULO XII

La estrella Sol de la que dependía el planeta Enei comenzó a asomar por el horizonte. Era más blanca y luminosa que el propio Sol que con su luz bañaba el planeta Tierra.

La cosmonave Zeus-444, propiedad de Deinos y tripulada por sus secuaces, todos ellos verdaderos piratas del cosmos, comenzó a emerger lentamente de las aguas marinas. Todo burbujeaba a su alrededor e incluso se elevaban pequeñas columnitas de vapor, un vapor que se formaba al contacto del agua con las zonas calientes de la cosmonave.

—¿Está todo listo? —preguntó James Crow irrumpiendo en la sala de control y mando.

Deinos le miró; estaba en tensión, pero parecía contento.

—Todo va bien.

—¿Y los pilotos?

—En sus naves.

—¿Están bien pertrechadas de armamento?

—Sí.

—No hay que olvidar ningún detalle, podría ser el fracaso de toda la operación.

—No, no falta ningún detalle.

—Magnífico, magnífico. —Rió sonoramente—. Esto hay que celebrarlo.

—¿No será mejor celebrarlo después de que tengamos los tesoros en nuestras bodegas? —preguntó Deinos, más receloso.

—Si se puede celebrar un triunfo dos veces, mejor que una. ¡Cerdo, ven aquí!

—Orden recibida, orden recibida —respondió la voz monótona de bocina que poseía el gran robot.

El robot se les acercó y James Crow le abrió la espalda. De su interior sacó una botella, la descorchó y tomó un trago.

—Es el mejor whisky hecho en la Tierra.

—¿Escocés puro?

—Claro que sí. Toma, socio, te la regalo.

Deinos tomó la botella entre sus manos y la contempló con auténtica satisfacción. Una botella de whisky escocés puro era tan raro como hallar ranas en el gran cañón marciano.

Bebió un largo trago. Después de saborearlo con la lengua, preguntó:

—¿De dónde la sacaste?

—Yo siempre encuentro las cosas buenas, aunque tenga que pagarlas a precio de plutonio.

—Bien. ¿Podemos comenzar ya?

—Sí, cuanto antes mejor.

Cerró la puerta de la espalda de su robot que constituía su pequeño almacén ambulante.

—Tenías razón. Crow, es mejor celebrarlo por dos veces.

—James Crow siempre tiene razón, socio, siempre.

—Por cierto, nos podemos llevar a unas cuantas mujeres hermosas de ese palacio.

—Si, no son muy distintas a las nuestras, claro que vosotros, los mutados, sois tan horriblemente feos... —Y se echó a reír.

Deinos se lo quedó mirando con fijeza, sus ojos brillaron homicidas. A los mutados les hería profundamente que los terrícolas puros se burlaran de sus mutaciones.

—Los mutados somos tan machos como los terrícolas sin mutar.

—Pues claro que sí, Deinos, y podréis demostrarlo cuando tengamos a bordo a una docena de mujeres de Enei.

—Si, una docena estará bien. Cuando estemos hartos de ellas, las metemos en tubos de expulsión, las lanzamos al espacio sideral y asunto solventado.

—Si, lanzadas al espacio sideral y desnudas, así durarán toda la eternidad. No se podrán descomponer y serán las bellas siderales.

—Será divertido, muy divertido —aprobó Deinos.

—A bordo de tu cosmonave vamos a celebrar la orgia espacial más impresionante que se haya llevado a cabo jamás. Hasta podrás grabarla en el video en tres dimensiones.

—¿Para qué? —preguntó Deinos, dejándose llevar por la cínica jocosidad de James Crow y bebiendo nuevos tragos del costoso whisky escocés auténtico, un whisky que posiblemente no volvería a probar en decenas de millares de horas.

—Para que en el futuro recuerdes lo vivido, Deinos, para que lo recuerdes.

—Bueno, celebraremos la fiesta en medio de los tesoros que consigamos saquear, será impresionante.

—Deinos, hay que comenzar.

—Claro que sí.

Abrió las videotelecomunicaciones y en cuatro pantallas de doce pulgadas aparecieron los rostros de los cuatro pilotos que habrían de tripular las naves de caza y destrucción.

Los seres de Enei no estaban preparados para resistir aquel ataque asesino llegado de otros mundos desconocidos, con tecnología mucho más avanzada, especialmente en el campo bélico, en la destrucción de sus semejantes y las cosas.

—«A», «B», «C» y «D», así os llamaremos en esta operación.

—De acuerdo —respondieron los pilotos casi al unísono, cuatro individuos mutados. Eran especímenes más diferentes entre sí que si fueran originarios de civilizaciones totalmente distintas.

El ser humano terrícola había tratado de adaptarse a situaciones planetarias que le eran totalmente hostiles, planetas en los que no se había generado vida propia y a la que habían tenido que adaptarse los cuerpos terrícolas y, generación tras generación, hablan ido apareciendo las mutaciones cromosómicas para adaptarse a un ambiente que no era el idóneo.

—Primero despegará «D», después «C», «B» y «A», dejando intervalos de cinco segundos. Hay que mantener la misma velocidad por computadora para que no colisionéis entre vosotros mismos.

James Crow, que era quien había ideado aquel saqueo después de

secuestrar a dos varones del planeta Enei en una granja de crianza de machos, donde había encontrado la fotografía de la emperatriz a la que daban acatamiento total los súbditos del imperio, se mantenía atento a las órdenes que daba Deinos.

—Nosotros iremos después —indicó James Crow, seguro de ser oído.

—Perfectamente —respondieron los pilotos mutados. Ellos debían causar la destrucción inicial, provocando el pánico y el caos entre las mujeres de la civilización Enei.

—«D», despega en veinte segundos.

—Todo listo —respondió el piloto favorito de Deinos, el que debía situarse en el centro de la ciudad para, desde su altura, comenzar a disparar en torno.

La suya era la misión más difícil, sobre él estarían las otras tres naves que partirían como rayos en tres direcciones diferentes para esparcir la muerte y la destrucción.

Los números saltaban en los visores de los terminales de la computadora.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno… ¡Fuera!

La primera de las naves de caza, bien pertrechada de armamento, salió a gran velocidad por una de las bocas de carga de la gran cosmonave.

—¡«C», fuera!

La segunda de las naves saltó al espacio, elevándose rápidamente en maniobras perfectas, no en vano eran cosmonautas habituados a toda clase de circunstancias.

El trabajo que tenían que llevar a cabo ahora contra una civilización que a lo sumo poseía reactores subsónicos, resultaba casi un juego.

A través de una pantalla mayor pudieron ver cómo las naves se elevaban por encima de las aguas, ganando altura.

—Listas las cuatro —aprobó James Crow—. Ahora debemos despegar nosotros.

—Así es —aceptó Deinos—, Hemos de tomar altura y situarnos lejos de una visión sencilla. Caeremos sobre el palacio imperial en el

momento justo en que las fuerzas defensivas están ya desorganizadas y todos corran como conejos, sin saber en qué dirección escapar. Estableceremos un cerco de fuego.

La cosmonave Zeus-444 cerró sus compuertas y puso en marcha sus potentísimos motores. El agua comenzó a hervir bajo la cosmonave, levantándose verdaderas columnas de vapor. La Zeus se elevó, al principio lentamente, mientras llenaba las aguas de fuego y mataba toda la flora y la fauna existente en un radio de acción de medio kilómetro.

La Zeus-444 se separó del agua y fue ganando altura cuando ya sobre la vertical del centro de la metrópoli la nave «D» pulsaba su botón para vomitar el chorro ígneo de la muerte.

El rayo descendió desde el morro de la nave destructora para iniciar la destrucción, originándose las primeras explosiones e incendios.

CAPITULO XIII

Aleix y Fara avanzaban por uno de los corredores de la cosmonave cuando oyeron la voz excitada de Marcus que les llamaba por los altavoces interiores.

—¡Aleix, Aleix!

—Marcus, te escucho —respondió a través del telecomunicador que llevaba en su muñeca.

—Ocurre algo grave.

—¿Grave?

—Sí, muy grave.

—¿Qué pasa?

—Ven pronto, esto se ha puesto muy feo.

Aleix apretó más fuerte la mano de Fara y la invitó a correr.

—¡Vamos!

Cuando arribaron a la sala de mandos y control, también estaba allí Joel que al escuchar la llamada acudió para enterarse de lo que había puesto nervioso a Marcus.

—¿Qué sucede? —inquirió Aleix.

—La ciudad está siendo atacada.

—¿Atacada?, ¿por quién?

—He localizado cuatro naves caza.

—¿Será una guerra intestina? —gruñó Joel.

—No, están usando el cañón láser intermitente, de gran poder destructivo y ellos no poseen esa tecnología aún.

—Crow —masculló Aleix, mordiendo el nombre entre sus dientes, como una maldición—. No puede ser otro que Crow y los que se hayan aliado con él.

—He localizado otra cosmonave. Es de las empleadas por los aventureros espaciales.

Aleix aumentó el poder telescópico de la cámara y en la pantalla pudo ver mejor !a cosmonave que se elevaba hacia el cielo.

—Sin duda es una Zeus-444.

—¿Peligrosa? —quiso saber Fara.

—Si, sí lo es y grande. Posee hangares interiores para llevar otras cosmonaves más pequeñas consigo.

—Deben ser las que están atacando.

—¿Qué querrán? —preguntó Fara después de que hablara Marcus.

—Si es Crow y otros como él, saquear lo que puedan. Hay que impedirlo a toda costa o esas mujeres serán víctimas de los piratas del espacio que poseen una fuerza destructora capaz de borrar toda la civilización de Enei.

—¿Cómo podemos impedirlo? —inquirió Fara.

—Estamos armados, entraremos en lucha. Tú te pondrás frente a las telecomunicaciones y con todas las bandas abiertas, incluida la de megafonía exterior, hablarás a las mujeres de Enei explicándoles que son atacadas por piratas del espacio y que nosotros lucharemos contra ellos para liberarlas del exterminio, que seguimos siendo sus amigos.

—Bien, estoy lista.

—Joel, Marcus, hay que despegar de inmediato. Tened todo el armamento preparado para entrar en fuego.

—Estamos dispuestos, Aleix.

—Va a ser una lucha difícil y es posible que no salgamos bien librados. La Zeus-444 es mayor que nuestra Fura-23, pero las naves de caza que ellos utilizan son muy pequeñas y es difícil luchar contra ellas.

—Les daremos una paliza a esos piratas del espacio —dijo Joel.

Apenas un minuto más tarde, el interior de aquel cráter rocoso se llenaba de fuego y la cosmonave Fura-23 ascendía verticalmente para abandonar su escondite. Ya en el aire, su maniobrabilidad aumentó.

Aleix elevó la velocidad pese al rozamiento del aire. Marcus dio

una ojeada a la temperatura, observando que por el exceso de velocidad y rozamiento del aire que componía la atmósfera del planeta Enei, los sistemas de refrigeración se veían casi impotentes para rebajar las temperaturas.

—Los tenemos a la vista —advirtió Marcus que controlaba las pantallas desde las que se podía ver cuanto ocurría en el exterior.

La ciudad ardía ya por los cuatro costados. Podían verse los edificios destruidos, pero el palacio imperial permanecía intacto.

Varias escuadrillas de aviones de caza del imperio Enei saltaron al aire a la búsqueda de los atacantes. Cuando aún se hallaban muy lejos, en posición de tiro, eran destruidos en el aire y convertidos en bolas de fuego que luego caían sobre áreas habitadas.

Para las naves de los secuaces de Deinos, los aviones a reacción de Enei eran como juguetes que destruían con suma facilidad.

—Fara, empieza a lanzar tu mensaje, tienen que oírnos. Ellas nos esperaban a nosotros y ahora creerán que han sido traicionadas y que han caído en una trágica trampa.

—Bien, empiezo el mensaje.

Con voz lenta pero convincente, Fara comenzó a lanzar su mensaje.

Hablaba con sentimiento, tratando de transmitir claramente con su cerebro el mensaje para que pudieran entenderla.

—Los tengo centrados —advirtió Marcus—. Están uno encima del otro y son cuatro,

—Son míos —advirtió Aleix que se daba cuenta de que tenía que aprovechar la sorpresa como los propios piratas del espacio habían hecho con sus victimas.

Aleix oprimió el botón de fuego, mientras modificaba la dirección de los objetivos que Marcus mantenía en su pantalla.

Las naves de caza y destrucción «A», «B» y «C» estallaron. convirtiéndose en bolas de fuego mientras Fara seguía enviando su mensaje a las víctimas de los piratas del espacio.

La nave «D», al percatarse de la irrupción en el área de combate de la cosmonave Fura-23, perteneciente a la Confederación Terrícola, abandonó inmediatamente su posición efectuando varias piruetas en el

aire para escapar a los disparos que le lanzaba Aleix.

Mientras escapaba, la nave «D» efectuaba disparos contra la ciudad, indiscriminadamente, destruyendo por destruir, tratando de que el caos se mantuviera.

— ¡Maldito hijo de perra! —rugió Crow a bordo de la cosmonave Zeus-444—. ¡Es Aleix Potent!

—¡Lo destruiremos! —barbotó Deinos, viendo perder a tres de sus naves mientras la cuarta intentaba escapar.

Desde la propia ciudad vieron cómo la batalla se desarrollaba en el aire después de que varias escuadrillas de aviones milicianos de Enei fueran destruidos, antes de que consiguieran hacer un solo disparo.

—Arriba está la Zeus —mascullό Aleix, elevando su propia cosmonave en espiral irregular para no ser tocada.

Comenzó el intercambio de disparos cuando Marcus advirtió:

—La nave de caza viene por la popa a veinte grados.

Joel saltó de su asiento para ponerse en pie frente a unos paneles y gritó:

—¡Yo me encargo de ella!

De los costados de la Fura-23 brotaron varios disparos láser intermitentes de grueso calibre que terminaron alcanzando a la nave «D» y convirtiéndola en una bola de fuego, mientras Fara seguía transmitiendo su mensaje.

—¡Ahora lo tienes centrado! —gritó Marcus, consiguiendo meter en el centro de pantalla a la cosmonave pirata.

—Adiós, Crow —mascullό Aleix hundiendo el botón de disparo hasta el fondo, mientras abajo la ciudad ardía por los cuatro costados.

La Zeus-444 se conmocionó unos instantes y luego estalló como los más impresionantes fuegos de artificio que las mujeres de Enei pudieran llegar a ver jamás.

Chispas en todas direcciones que brotaban de una bola de fuego de casi un kilómetro de diámetro que se desplazó en el aire para acabar cayendo en las aguas marinas, en las cuales se hundió para no volver a salir jamás.

EPILOGO

La cosmonave terrícola Fura-23 se posó en una gran plaza frente al palacio imperial.

Allí, a ambos lados, estaban formadas las fuerzas milicianas compuestas única y exclusivamente por mujeres, muchas de las cuales habían caído bajo el ataque criminal de Crow, Deinos y sus secuaces.

El vehículo atom-hover-craft avanzó entre las fuerzas que les rendían honores.

Delante de ellos rodaba un automóvil en el que viajaba la ministro, un automóvil que se detuvo frente a la gran escalinata imperial.

Allí se apearon y también lo hicieron los terrícolas y, con gran sorpresa de las mujeres de Enei, descendieron los dos pequeños varones que miraban en torno muy sonrientes y actuaban como niños.

Fara les dio la mano a ambos y llevándolos a derecha e izquierda, comenzó a subir las escalinatas. Aleix y Joel les acompañaban.

Marcus quedó en la cosmonave cuidando del mantenimiento mientras Aleix, Fara, Joel y los demás se internaban en el palacio.

La emperatriz, rutilante de belleza y por el entorno de joyas que la rodeaba, les recibió.

— Es muy hermosa —opinó Fara con sinceridad.

—Sí, y a lo mejor busca un macho adecuado.

Fara le lanzó una mirada asesina.

—Si pudiera, te daría un mordisco que te arrancaba un pedazo de carne,

—Ellas pensarían que somos caníbales —bromeó Aleix.

Lentamente, Fara explicó lo sucedido con Crow y los varones enanos y que ellos los devolvían con el deseo de amistad de la Confederación Terrícola.

La emperatriz, sonriente, se puso en pie. Se quitó su pesada corona y trató de colocarla sobre la cabeza de Fara, pero ésta se negó y

después le explicó:

—Nosotros ya no amamos la riqueza en esta forma. Tratamos de que todos los seres tengan trabajo adecuado, tanto hombres como mujeres, en nuestra civilización todos somos iguales. Las joyas están expuestas en museos y quienes tratan de conseguirlas para sí son asesinos como los piratas del espacio que os han atacado, destruyendo gran parte de vuestra ciudad.

La emperatriz quedó pensativa. Llamó a sus servidoras y les exigió algo. Al poco, traían una butaca de madera y se llevaban el ostentoso trono recubierto de gemas. Ella misma se desnudó hasta de la última joya.

—Es realmente bella —opinó Aleix, dándose cuenta de que para aquellas mujeres no era válida la misma idea del pudor que tenían los terrícolas, puesto que la relación hombre-mujer era muy diferente.

Luego, ya desnuda, se sentó en la butaca de madera.

—Creo que ha comprendido —dijo Fara—. Le diré que seguramente Crow y sus secuaces buscaban estas joyas.

La emperatriz ordenó algo a sus servidoras más directas y éstas avanzaron hacia Aleix y comenzaron a desnudarle.

—¿Eh, eh, qué hacéis?

Fara se echó a reír espontáneamente.

—Me parece que quieren comprobar por sí mismas que realmente eres un macho. No hay mala intención en ellas, sólo curiosidad.

Y siguió riendo.

Cien horas más tarde cuando, establecidas ya las relaciones diplomáticas con el imperio de Enes, regresaban al planeta Border para de éste saltar a la Tierra con la buena nueva, Fara le preguntó a Aleix con el ceño fruncido:

—¿Qué te hicieron cuando se te llevaron?

—Ejem, pues, me temo que ya saben lo que es la inseminación artificial…

—¿Y tú fuiste generoso?

—La verdad, todo lo que pude y creo que ellas saben apreciar la cantidad y la calidad para redistribuirla muy inteligentemente.

—Entonces, me temo que cuando volvamos por aquí habrá ya muchos retoños que tendrán los ojos verdes como tú.

—¿Celosa?

—No, mientras no quieras pasar de la inseminación artificial a la natural para ayudar a esas pobrecitas y desvalidas mujeres.

Aleix se echó a reír.

Marcus ya estaba centrando en pantalla un punto ligeramente luminoso, era el planeta Border.

F I N



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

Selección



que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

Impreso en España